

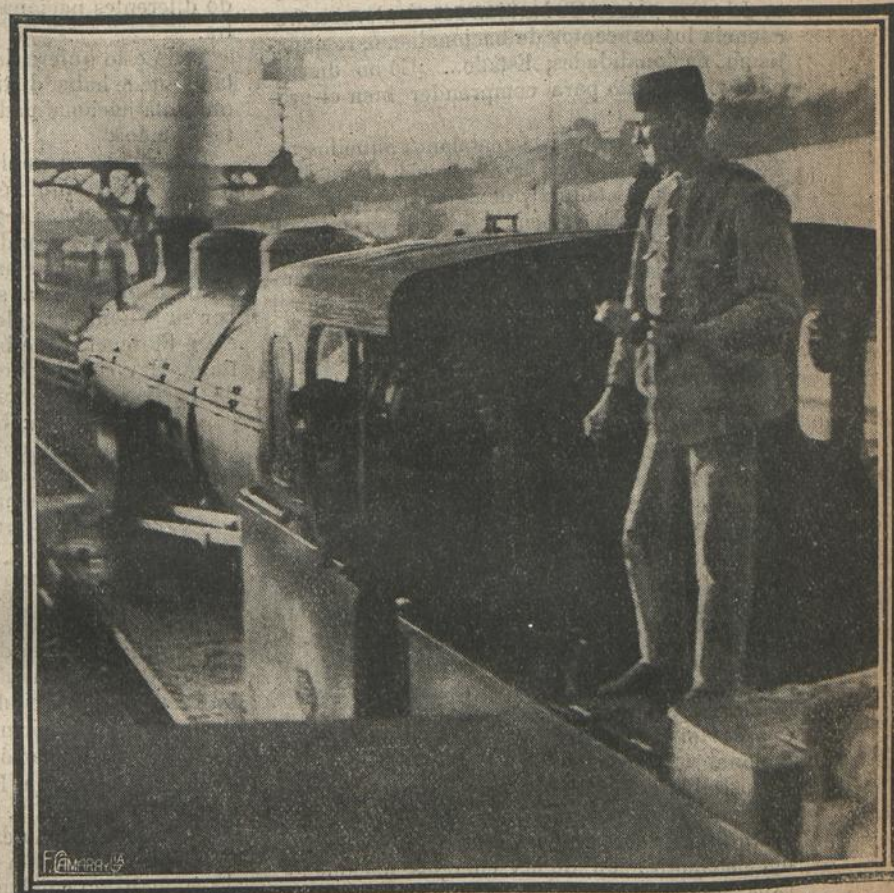
LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo. MADRID

LA HUELGA DE FERROVIARIOS EN MADRID



Soldado, empleado en la línea del Norte en el manejo de una aguja, custodiado por un sargento de Ingenieros.



Una de las locomotoras, preparándose para salir de la estación del Norte, dirigida por un soldado del batallón de Ferrocarriles.



El semáforo de señales manejado y custodiado por cabos y soldados de Ingenieros.



Fuerzas de Ingenieros custodiando un vagón en que se hallaban encerrados provisionalmente varios reservistas que se habían negado a trabajar. (Fotos Ortiz)

LA SEMANA

Año I

15 Julio 1916

Núm. 9

NACIONALISMO, NACIONALIDADES Y REGIONALISMO

Los nacionalistas catalanes han planteado parlamentariamente un problema que por la manera de ser expuesto parece que va más allá de la significación puramente regionalista y propende a confundirse con el movimiento nacionalista de otros países. Se barajan con deplorable frecuencia los conceptos de nacionalismo, regionalismo, nacionalidades, Estado... ¿Cómo discrecionar todo esto para comprender bien el problema?

Llámanse nacionalistas catalanes aquellos regionalistas que afirman la existencia de una nacionalidad en Cataluña y demandan para ella un estado de derecho especial que sea la garantía de la personalidad catalana.

En Francia se intitulan nacionalistas los franceses que creen ver amenazada la unidad moral del pueblo francés por los elementos descastados y por los radicales destructores de la tradición nacional, y al buscar el momento histórico en que la unidad moral francesa estaba sólidamente afirmada lo encuentran muchos de ellos en el *ancien régime*; nacionalismo en Francia significa tradición y máximum de armonía por medio de la unidad religiosa, social, política. Los nacionalistas franceses se proponían sobre todo un problema moral, y si tenían ciertas preferencias políticas en cuanto al régimen era debido a la eficacia histórica demostrada por él, no porque se tratase de reaccionarios. Ha habido hasta ateos entre los nacionalistas franceses. Querían la vigorización de Francia, presentían la debilitación política del país y los peligros que traía el apartamiento de las tradiciones y... a las tradiciones volvieron.

En Italia, nacionalismo ha querido decir liberalismo contra radicalismo antipatriótico y antimilitarista, desenvolvimiento del genio italiano, sistematización de las energías nacionales, expansión colonial. La espléndida tradición cultural italiana era un acicate para el trabajo nacional que precisaba encaminar en el sentido patriótico y militar. Nacionalismo quería decir, en parte, irredentismo también; política mundial, influjo en el Mediterráneo, invasión de Africa.

En la Argentina, los nacionalistas persiguen la defensa de la nación contra los peligros de disolución de la unidad sentimental del pueblo por la corriente inmigratoria europea que convierte vastas extensiones de la República en campamentos nómadas. Se quiere hacer germinar el genio argentino, el que le ha de afirmar como personalidad social y política en el conjunto internacional.

Todas estas demostraciones del nacionalismo se refieren a la unificación moral lo más intensa posible, de las masas sociales que constituyen la población del Estado, a procurar que el Estado no sea una construcción jurídica, sino también una expresión social armónica, a que el Estado sea un Estado nacional: la forma jurídica coincidiendo con la realidad sentimental y espiritual.

¿Qué de común tiene el llamado nacionalismo catalán con estos nacionalismos? De común tiene, que persigue también la unidad moral y el reconocimiento de la personalidad social de un pueblo; pero el nacionalismo de Cataluña está muy lejos de ser como el nacionalismo que pudiéramos llamar nacional de otros pueblos que persiguen fundar su aspiración colectiva sobre muchas regiones. El nacionalismo catalán es más bien un regionalismo nacionalista.

Una nacionalidad no es una creación política, es una realidad social que se funda en cierto parentesco de la población y en el sentimiento de comunidad. Hasta donde llegue una raza y una costumbre que haga afines a grandes núcleos de población, puede decirse que se diseña una nacionalidad. ¿Dónde llega la nación alemana?, pregunta el poeta Arndt al definir en versos sonoros la patria alemana. «So weit die Deutsche Zunge klingt», contesta. «Hasta donde suene la lengua alemana.» Sin embargo, la patria alemana estaba dividida en diferentes Estados. Alemania ha formado por mucho tiempo una nación cultural, es decir, una unidad de cultura; pero no una unidad política. Hay otros países en los cuales existe la unidad política y bastante sentimiento de comunidad, conteniendo diferentes nacionalidades: Suiza lo demuestra.

Todo esto quiere decir que dentro de un Estado puede haber distintas nacionalidades, y que una sola nacionalidad puede constituir diferentes Estados.

En España no se ha llegado a la completa unidad étnica ni filológica; ni Castilla ha podido asimilarse algunas regiones, ni éstas han borrado la fisonomía moral castellana. Pero Castilla se ha extendido bastante más que cualquiera de las otras regiones, a semejanza de Atenas, que por su actividad intelectual se extendió en Grecia y Florencia, que infiltró el genio toscano en Italia. Hay condiciones de nacionalidad en donde existen costumbres, lengua y raza afines; pero esto no basta: la condición esencial está en la existencia de una fuerte vida espiritual y en la conciencia clara y voluntad firme de comunidad social. Cuando estos factores son potentes, entonces un grupo social, una nacionalidad puede asimilarse a las demás, y llegar a constituirse en Estado nacional.

Digan ahora los sociólogos si en Cataluña existen estas características de toda nacionalidad para resolver en definitiva.

Pero yo tengo una duda respecto del origen del movimiento nacionalista catalán, que es si obedece a propia virtud o resulta más bien un efecto de la debilitación o de los errores del sistema centralista. En Francia hay también un buen girón catalán, y, sin embargo, en Francia no hay nacionalismo catalán como en España. El régimen centralista francés no ha exacerbado el regionalismo catalán. ¿Se podría pensar que el llamado nacionalismo catalán es una protesta contra un sistema político en España, sistema que de una España grande nos ha dejado una España chica? ¿Habrá nacionalistas en Cataluña si la política nacional siguiese una marcha ascendente?

Otras regiones españolas siguen el camino regionalista como una protesta, no contra la unidad moral de la nación ni contra sus instituciones fundamentales, sino contra todo un sistema desacreditado y caduco que fracasó en la política interior, y nos condujo a la catástrofe en la política internacional.

No son las incipientes nacionalidades españolas que tienen por base regiones bien caracterizadas, lo que puede debilitar a la patria, sino la falta de nacionalismo nacional, la rotura u olvido de las tradiciones españolas, la falta de preparación militar, la conciencia nacional aun turbia y desorientada. Verdad es que socialmente España progresa; pero los pueblos pueden progresar también dominados por el extranjero; las naciones viven del progreso político, que es progreso consciente, y no el crecimiento vegetativo que en nada les puede distinguir de una madrepora o de un rebaño.

Además, los problemas nacionales no se resuelven callando, sino hablando de ellos y estudiándolos mucho. La experiencia europea es riquísima en ejemplos; pero a pesar de esto no servirá de nada si los llamados a gobernar no saben pedir billete en francés al llegar a Hendaya.

Vicente Gay

DE BAÑOS

—De baño ¿eh?

—Sí, señó, de baño a mi Seviya.

—¿Camará! ¿Sabe usted que er tren misto las trae?

—Hombre, no se apure usted, que ya farta poco.

—¿Y que están blandos estos asientos e terseira! Palabra de honó que me tira usted aquí un peyzco y le duelen los deos.

—¿Qué ersagerao es usted, camará! Se conose que está usted acostumbrao a viajá en er *lipin*.

—Lo que tengo son unas ganas e yegá que me jago tiestos. Usted no sabe lo que es está seis años fuera e la tierra.

—¿No, verdá?

—No, señó. Y seis años como los que yo he pasao en Madri: teniendo que comprá er pan en las tiendas e sardos.

—¿Eche usted!

—Por mi salú que ar pasá por los restauranes me quitaba la gorra como si fuesen iglesias.

—Déjese usted de historias y miste er río.

—¿Dónde?

—Aquí; de este lao.

—¿Benditos sean los ríos con vergüensa... y con agua. Pa Seviya va como las balas. ¡Olé! ¡ay! nos juntaremos, compadre! ¡Y que no va a sé baño er que me vi a da en la Puerta la Barqueta! ¡Josú! Señó, si da gloria e verlo... (Cantando.)

«Orizita er río
sus penas yoraba...
Como eran fuentes sus ojitos negros
cresieron las aguas...»

—¿Miste que hay unos cantes en Seviya que dan la hora!

—Bonitos e verdá; pero lo que es usted paese un griyo seboyero.

—Es que se yeva er viento la vó.

—Eso quisiea yo, que se la yevara.

—Vamos, hombre, que no lo hago tan má. Va usted a oirme por solares. (Cantando.)

«Cuando yo le quise a tí
se cuajaron los rosales
de rosas pitimini.»

—¡Olé, olé! ¡Se ha picao usted!

—Esas las aprendí yo de Curro Paperas. ¿Usted no conose en Seviya a Curro Paperas?

—¿A Curro Paperas?

—¡Pos Curro Paperas está podrió!

—Entonses me alegro de no conoserlo.

—Ah, ¿es que va usted a *pitorrearse*?

—¡Señó, como que me viene usted a hablá a mí de Curro Paperas, y me sé yo de memoria a Curro Paperas! ¡Miste Curro Paperas!... La hemos corrió juntos la má de veses...

—¡Tomal ¿y yo? Oiga usted: pa divertirse de verdá, no hay tierra en ermundo como Seviya... Eso sí; la *jumera* de mansaniya en cuánto yegue no me la quita nadie.—Pos ya son dos cosas: la *jumera* y er baño en el río.

—¡To es remojarse en líquido e la tierra, señó! ¡Y que no se cuela con gusto aquer vinito! A mí, na más e de verlo, se me alegran las pajarillas y me paese que me ha susedio argo güeno. ¡Valiente coló! ¡Más bonito que er sielo toavía! Y cuidao que hay que vé despasio aquer sielo. ¡Vaya una monterita e crisales! Le juro a usted por la gloria e mi madre que cuando yo estoy aburrido ayí en Seviya, una e dos; o me meto en una taberna y me bebo dos cañas e gloria... o me paso un ratito mirando er sielo.

—A vé si ve usted ayí las cañas, ¿no?

—¿Y sabe usted cuándo bajo la vista? Cuando pasa por mi vera alguna mujé. ¡Entonces ya ni vino, ni sielo, ni posesión del Corpus, ni ná!

¡Chavó, qué niñas! Miste que andan con ange... ¡Pos miste que se paran con salero!... Y toas, toas carvas e nacimiento... ¡Y sosas!... ¡Y siegas!... Na más e cuando lo miran a uno der to, le paese que lo miran jasta los alreores...

—Pos con tanto mirá toavía no ha visto usté una cosa... Eche usté la vista pa ayi...

—¡Josú, Dios mío! ¡Na! ¡No he visto na! ¡Sujéteme usté que me ví a tirá por la ventaniya! ¡Camará, jasta er tren ar verla se ha parao! ¡Bendita sea la madre que tuvo la güena sombra de parirme en Seviya! ¡Si me yega a pari en otro lao me da er dijusto!... ¡Olé! ¡Se acabó er carbón! Aqueyo es grasia; aqueyo es alegría; aqueyo es finura... Mirala, paisano; mira cómo sale por ensima e to y se mete en er sielo... ¡Pae-se la reina er mundo! ¡Olé, la Girarda!

S. y J. Alvarez Quintero.

LA VUELTA AL MUNDO



Manuel Pérez Fernández,

que realiza a pie un viaje alrededor del mundo y ha de recorrer 120.000 kilómetros para optar al premio ofrecido por la Sociedad de Turismo de Madrid, consistente en 100.000 pesetas. Ha recorrido toda España; está ahora en Melilla, desde donde pasará por el Fondak de Ain Yedina al interior de Marruecos, siguiendo después por Argelia, Túnez, Egipto, Turquía, Europa y América.

(Foto Lázaro.)

SON PREFERIDOS POR EL PÚBLICO EN GENERAL
LOS CHOCOLATES Y DULCES
MATIAS LOPEZ
DE VENTA EN TODAS PARTES
OFICINAS: PALMA ALTA, NÚMERO 8

POLITICA INTERNACIONAL

NUESTRA EMBAJADA EN LA ARGENTINA

El Gobierno español ha elevado nuestra representación en la Argentina a la más alta categoría diplomática. De hoy en adelante—como en París, Londres, Roma, Berlín, Viena y Petrogrado—tendremos Embajada en Buenos Aires.

Es de esperar que las previsiones del Protocolo traigan, como una consecuencia lógica, que el Gobierno argentino convierta en Embajada su actual Legación de Madrid.

Estos ascensos diplomáticos, que el vulgo atribuye a frívolos tejemanejes del mundanismo ofi-

jada en la Argentina. Y, por dichosa coincidencia, el actual representante del Plata, en Madrid, Sr. Avellaneda, junta a sus excelentes condiciones de cultura literaria y de mundanismo social otras, muy especiales, de preparación económica y de estudios, personalísimos e infatigables de nuestra producción.

Con una diligencia poco frecuente en diplomáticos, ha visitado el Sr. Avellaneda importantes centros fabriles, agrícolas y comerciales de Cataluña, Asturias, Galicia y Andalucía, adquiriendo una valiosa experiencia personal que le capacitan de un modo extraordinario para la gestión intensísima que se espera.

A este insigne argentino se deben declaraciones que equivalen a un programa. En su recién-



D. Marco M. Avellaneda, ministro plenipotenciario de la Argentina en España.

cial, tienen su natural justificación en profundas alteraciones internacionales originadas por la guerra. Un reciente debate del Senado dió ocasión al ministro de Estado, Sr. Gimeno, para exponer las nuevas orientaciones de nuestra política internacional, empujada, por modo ineludible, al «americanismo».

Comentando el discurso del Sr. Gimeno, expusimos en el *Heraldo* la necesidad de que nuestros diplomáticos y cónsules se preparasen a esta nueva ruta, estudiando nuestros intereses morales y materiales en la que fué América española.

Al estallar la guerra, y según datos oficiales del *Statesman's Year-Book*, el comercio de la Argentina se expresaba así:

Alemania, importación, 12 millones de extelinas; exportación, 11 millones; Estados Unidos, 11 y 6 respectivamente; Francia, 6 y 7; Italia, 6 y 4; Bélgica, 4 y 7; España, 2 y 700.000; Brasil, 1 y 4. Tenía, pues, España el penúltimo lugar como exportadora y el último como importadora, a pesar de la Historia, del Idioma, de la Raza y de todos los pesares.

Pero la guerra ha interrumpido totalmente el tráfico de la Argentina con Alemania y disminuido de un modo enorme los que sostiene aún con Inglaterra, Francia, Italia y Bélgica. En cambio, los Estados Unidos han aumentado en términos fabulosos su comercio con toda América y muy singularmente con la Argentina; y el Brasil mismo, favorecido por la geografía, progresa a pasos de gigante en su intercambio con el Plata.

Pero puede decirse que el comercio de la Argentina con Europa está en profunda y larga crisis, y que únicamente España se encuentra en condiciones de usufructuarlo eficazmente por mucho tiempo.

En tales circunstancias se crea nuestra Emba-

te viaje a Buenos Aires dijo, a requerimientos del *Boletín de la Cámara Oficial Española de Comercio*, de aquella ciudad: «Se impone a España la necesidad de conceder créditos a largo plazo, igual que otras naciones lo hicieron con nuestra República, logrando así conquistar un mercado tan importante como el nuestro». Y resumió sus pensamientos en esta frase: «A España, para conquistar nuestro mercado, le hacen falta barcos y Bancos.»

**

Una nota, con caracteres de oficiosa, que ha publicado *El Liberal*, dice que el intercambio entre España y la Argentina ha sido, en el año último y en números redondos, de 200 millones de pesetas, de las cuales 107 corresponden a la Argentina y el resto de 93 a España.

Lo que quiere decir que España vende a la Argentina por más de 100 millones y le compra por cerca de otros 100, o sea que los intereses comerciales de ambos países están actualmente equilibrados.

Pero ¿y en el porvenir? Interrumpido, o muy limitado, su comercio con las demás naciones de Europa, la Argentina, por algunos años, no tiene otros mercados que los de América. La semejanza de sus productos con los demás países de América del Sur restringe mucho el intercambio; y la enorme potencia de producción, tanto en primeras materias como en productos manufacturados, de los Estados Unidos y, en parte no muy despreciable del Canadá—que acaparan a Méjico y Centro América—dificultan grandemente la exportación argentina.

Claro es que su principal riqueza—ganados y trigo—es verdaderamente «saneada», por ser de indiscutible «primera necesidad»; pero claro es también que, al paso que van las cosas—ya se anuncian los submarinos alemanes por San-

tos y por Montevideo—el comercio argentino con los beligerantes puede ir disminuyendo hasta la penuria. Y en ese caso—no improbable—¿qué mercado de alguna consideración le quedaría a la Argentina, no siendo el nuestro?

En cambio, nuestras vías terrestres nos tienen siempre abierto el mercado francés, y, por extensión, el inglés y el italiano; y nuestras rutas marítimas de neutrales, nos permitirán hasta el fin de la guerra, muy probablemente (hay que creer que seguramente, a pesar de ciertas corneas germanófilas), llevar nuestros productos europeos a América, sin competencia alguna o con tan poca, que ni siquiera nos enteremos.

Sobre estas reflexiones habrá de cimentarse nuestra nueva Embajada en Buenos Aires, y en torno de ellas tendrá que proceder la futura Embajada argentina de Madrid. Los productores españoles tienen mercados europeos y americanos donde escoger a su sabor. Los productores argentinos pueden llegar a no tener otros mercados europeos que el de España, ni otros americanos que los limitrofes, poco extensos.

Como ha dicho el Sr. Avellaneda, «España necesita barcos y Bancos». Pero la Argentina, además de más barcos y más bancos que España, necesita mercados, que es lo único que España tiene de sobra en las circunstancias actuales.

Cristóbal de Castro

LA NUEVA FASE DEL PROBLEMA CATALAN

III

No se afirma la existencia en Cataluña de una personalidad nacional con el propósito de recabar para ella vida totalmente independiente, separada de la del resto de España; no. Debe hacerse a los catalanistas la justicia de reconocer que sus hombres de mayor altura y responsabilidad, aunque sean mucho más xenófobos de lo que conviniera, y aunque hayan cedido frecuentemente a la tentación de cultivar, por el fácil camino del antagonismo y del odio a lo extraño, el espíritu regional, nunca, ni aun en sus momentos de mayor exaltación, han dejado de afirmar como ideal la perpetua subsistencia de los lazos creados por una historia común entre Cataluña y el Estado español.

«No hemos sido nunca—decía ya en 1892 en la Asamblea de Manresa, el representante de Girona, Sr. Riera y Bertrán—ni somos, ni podemos ser tan temerarios que aspiremos a prescindir de una realidad de centurias.» «Nuestras tendencias—añadía—no van ahora, ni han ido nunca por sendero tan descarrado como lo sería el propósito de aislar a Cataluña del conjunto nacional, del cual forma gloriosa parte integrante.» «La existencia de distintas personalidades nacionales—declaraba, por su parte, en su último discurso del Sr. Cambó—no impide la coincidencia en una unidad común, en un ser político completo. No es posible negar a España la posibilidad de obtener la grandeza por el camino que la obtuvieron imperios que hoy están asombrando al mundo entero.» En el llamado «Memorial de agravios de Cataluña», redactado por Almirall y entregado en 1885 al Rey Alfonso XII, condensaban ya los catalanistas sus aspiraciones en estas palabras: «Deseamos que en España se implante un sistema regional adecuado a las condiciones actuales de ella y parecido a alguno de los que rigen en los imperios de Austria-Hungría y Alemania y en el Reino Unido de la Gran Bretaña, sistema ya seguido en España en los días de nuestra grandeza.»

Lo primero que un examen imparcial del asunto pone muy pronto en claro, es la existencia en Cataluña de rasgos típicos distintivos aunque no sean los suficientes para atribuirle el carácter de verdadera nacionalidad. Es por lo menos dudoso que constituya dentro de la Península ibérica un grupo étnico aparte. El señor Cambó hacía alusión en su discurso, a mi entender con sobra de precipitación a la unanimidad con que «desde la antigüedad más remota ha sido reconocida por todos los historiadores y por todos los geógrafos la existencia en la

Península de cuatro diferentes grupos étnicos». Lo que hoy, por el contrario, afirman en su mayoría los historiadores y los geógrafos, es que España é Inglaterra son los dos países étnicamente más homogéneos de Europa, predominando en el primero el tipo dolicocefalo moreno y en el segundo el dolicocefalo rubio. Fouillé, en su Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, llega a proclamar, siguiendo a nuestro Olóriz en sus trabajos sobre distribución en España del índice cefálico, que en la Península sólo hay dos razas: la vascongada, representante del tipo ibérico más puro, que se encerró en su aislamiento y no se fusionó con ninguna otra; y la española propiamente dicha.

Con análogo sentido, Burgess afirma, al hacer una repartición ideal de las nacionalidades en el suelo de Europa, que la Península «se halla habitada por tres pueblos étnicamente distintos: españoles, portugueses y vascos». «De éstos—añade—sólo el último es una raza original; el primero es una amalgama de iberos, celtas, romanos, godos, álanos, suevos, vándalos, moros, árabes y judíos; y el segundo, de romanos, suevos y moros, con influjos posteriores de elementos judíos y franceses.»

Dentro de la inseguridad y falta de fijeza con que es lícito hablar, en general, de razas, cuando hay antropólogos que las reducen a tres, y otros que cuentan hasta ciento veinte, no cabe considerar al catalán como un tipo étnico distinto del aragonés ni del castellano; nadie acertará a ver, entre unos y otros, la contraposición de caracteres físicos que sirve para diferenciar un germano de un eslavo, o un latino de un celta.

Entre los factores cuya acción concurrente puede determinar una diferenciación nacional, no figura tampoco, cuando se trata de Cataluña, el sentimiento religioso, causa histórica principal de la oposición, por ejemplo, de los irlandeses, respecto a los ingleses; de los polacos hacia los rusos, o de los alemanes del Sur para con los alemanes del Norte.

Históricamente, Cataluña muestra, hacia el ideal católico, una adhesión no menos firme ni fervorosa que la de Castilla. En 1892, y en plena Asamblea de Manresa, uno de los jurisconsultos catalanes más ilustres, el catedrático Permanyer, sintetizó, sobre tal extremo, su juicio en estas significativas palabras: «Para ser españoles, los catalanes tenemos que sacrificar algunos ideales; para ser católicos, no sólo no necesitamos sacrificar ideal alguno, sino que tanto más católicos seremos cuanto más se inspiren nuestros actos en las antiguas tradiciones de Cataluña.»

De los elementos que en su conjunto determinan una nacionalidad, sólo uno puede decirse que posee Cataluña: el idioma. Pero el idioma, por sí sólo, aunque de él haya espontáneamente brotado una literatura valiosa y abundante y una cultura sólida, no constituye motivo suficiente de diversificación nacional, porque no tiene otro valor que el sintomático: en cuanto es reflejo—unas veces como causa y otras como resultado—de la existencia de una espiritualidad independiente y claramente definida.

Jurídicamente, podrá admitirse que toda colectividad, más aún todo individuo, tiene un derecho natural a expresarse en su idioma propio, y que ese derecho no desaparece ni se anula con la posibilidad de aprender y usar varios. Sociológicamente, en toda lengua cabe distinguir aspectos diversos: para los que están en posesión de ella, constituye lazo que aproxima; entre los que la ignoran, es obstáculo que aparta. «Las masas separadas por un territorio—dice con acierto Bluntschli—desarrollan lentamente, y con independencia, su idioma propio, y llega un momento en que no comprenden a sus vecinos; desde entonces, el pueblo considera como suyos a los que hablan su idioma, y a los otros como extranjeros.»

Las semejanzas de estructura entre las lenguas, habladas en la Península, con la sola excepción del euskaro, han sido tales, que si no han servido de ayuda para la reciproca comunicación, tampoco han constituido obstáculo serio para la formación de una cultura única.

Casi por la misma época en que Alfonso el Sabio redacta en gallego sus *Cançigas*, D. Jaime I, el Conquistador, escribe en catalán la crónica de los sucesos ocurridos en los sesenta años de su reinado.

Pedro III, Pedro IV y Martín el Humano, cultivan también en catalán la poesía y la *gaya*

sciencia; y del mismo modo que Camoens escribe en castellano lindísimos versos y otros portugueses, como D. Francisco Manuel de Melo le imitan vertiendo las luces de su ingenio en lengua castellana y no en la nativa, a un catalán, a Boscán, débese la innovación que supone la introducción en la poesía castellana del endecasílabo; y otro catalán, Capmany, famoso como erudito e historiógrafo contribuye al desarrollo del idioma castellano, con admirables trabajos de lingüística.

En tiempos todavía más cercanos a los nuestros no han aprendido en las obras castellanas de Balmes, Milá y Fontanals y Coll Vehl, filosofía, retórica y literatura generaciones enteras de españoles?

Cuando se haga la historia de la poesía castellana, ¿se podrá omitir la mención del nombre de Arolas? ¿Se olvidará a Pablo Piferrer, una de cuyas composiciones la «Canción a la Primavera», está incluida con razón por la autoridad de Menéndez Pelayo entre las cien mejores poesías escritas en lengua castellana? Entre los historiadores y escritores didácticos castellanos ¿habrá muchos cuya prosa resista la comparación con la concisa, jugosa y elegantemente clásica de Pi y Margall?

Los escritores catalanistas para servir el propósito preconcebido de demostrar que el idioma es entre los catalanes y el resto de los españoles, un motivo de diferenciación, no vacilan, como se ve, en calumniarse a sí mismos. «Trescientos años ha—decía en su discurso de clausura de la Asamblea de Manresa el Sr. Domenech y Muntaner—que de buena fe procuramos habituarnos a la lengua castellana; ¡trescientos años! y sólo hemos conseguido chapurrearla con un acento rudo que nos pone en ridículo a nuestros propios ojos; ¡trescientos años! y en tanto tiempo, estos pueblos fértiles antes en escritores en lengua latina y en lengua catalana, no han producido ni un solo talento de primer orden en letras castellanas». Esa afirmación, como se ve, es totalmente inexacta, y con solo asomarse a la realidad actual y a la historia, fácil de refutar.

La diversidad de lengua, por sí sola, no constituye elemento de separación espiritual, del mismo modo que no produce necesariamente unidad de pensamiento y de cultura el hecho de que sea idéntico el idioma que por diferentes pueblos se hable. Hasta el día, quizá no lejano, en que el castellano hoy usado en las diferentes naciones de América, se diversifique en formas dialectales diferentes, esas naciones tendrán un mismo medio de expresión, y seguirán siendo, sin embargo, naciones independientes. En cambio, los franceses que hablan la lengua bretona y la de Oc y están con ellas tan encariñados como los catalanes con la suya, no dejarán, por ese hecho solo, de sentirse franceses y de pertenecer a la nación más fuertemente unificada que existe en Europa.

La Historia demuestra que, por encima de la diversidad de lenguas, hay entre el pensamiento catalán y el castellano mucha mayor analogía de la que revelan las simples apariencias. La fácil adaptación de la inteligencia para servir como vehículo de expresión de uno u otro idioma, es sólo fiel reflejo de una íntima y como escondida unidad espiritual que en vano pretendería desconocerse.

A este fenómeno, que es la obra natural de la Historia, lo llama el Sr. Prat de la Riba—en su interesante prólogo a la obra de Durán y Ventosa, *Regionalismo y Federalismo*—la *bifurcación del alma catalana*, por la monstruosa coexistencia de dos culturas y dos psicologías superpuestas. No; para resucitar la Historia, hay que hacerlo totalmente, no escogiendo los momentos o períodos de ella que sean más de nuestro agrado.

Al lado del espíritu regional que impulsado, por un romanticismo idealista, quería transponer los siglos a saltos y volar a la época en que escribía sus obras filosóficas, Arnaldo de Vilanova o constituían la *Gaya* compañía los trovadores de Tolosa, está el positivo influjo de una labor secular, acaso fracasada en el propósito de uniformar leyes e instituciones, pero no en el de aproximar pueblos, afines por su espíritu y solidarios en una obra civilizadora común.

Los mismos portavoces del espíritu regional catalán, gustan a veces, aun en las intimidades del hogar, de servirse del castellano para dar salida a gran parte de su pensamiento: «ploraven—el

mismo Sr. Prat de la Riva lo dice—els mals de la llengua catalana y a casa seva parlaven en castellà; enviaven als Jochs Florals hermoses composicions plorant els mals de Catalunya y fora del clos dels Jochs ja de Catalunya no se'n recordaren... *Espanya existia en la seva ànima com una realitat viva*... No es eso una bifurcación traidora, sino desdoblamiento natural, revelador del deseo de no retroceder, y, en definitiva, de la fidelidad suprema del espíritu colectivo a sí mismo. Mirar sólo a lo que separa, equivale a olvidarse de todo lo que une; y lo que une, no son sólo entelequias: son cuatro siglos de no interrumpida convivencia dentro del Estado español.

Antonio Goicoechea

LO DEL DÍA

LOS GRANDES DESGRACIADOS

El atentado cometido contra el presidente de la República Argentina, modelo de ciudadanía, trae a mi recuerdo, como pesadilla cruel, la leyenda trágica que refiere Enrique Heine, la que escuchara el genio alemán, cuando niño, tembloroso, se acurrucaba bajo la chimenea de campana del viejo hogar de Düsseldorf, por donde asomaran ogros, se filtraran brujas, rugía el cierzo que coreaba cual gruñona estrofa lúgubre el cuento medieval...

¡Ingenua, terrible leyenda!... Era un príncipe joven, heredero de la riqueza y de la hermosura de sus padres. Más lindo no lo hubo en la tierra.

Rayos de sol tejieron su cabellera; en sus mejillas y en sus labios florecían las rosas; eran sus ojos temblorosos transparentes esmeraldas... Las hadas vistieron su cuerpo con gasas de argentada luna y vaporosas nubes de nácar...

Gentil, fuerte, valeroso, amado de las damas, ídolo de su pueblo, a su paso se inclinaban, sumisas, las hermosas doncellas, valerosos caballeros... Mas, un día, el príncipe dichoso tropieza en su camino con un fraile. El religioso le conduce a una torre de marfil. Extensos, perfumados jardines la rodean...

El príncipe se siente dichoso... De pronto se despoja el fraile de sus hábitos y aparece bajo ellos horripilante esqueleto... El príncipe se siente arrastrar por la helada mano y muere, muere mirando al sol...

¡Horrible la leyenda, más verdadera en el fondo!

El hada maléfica sigue a reyes y príncipes, como acecha al pobre... Hojeando la Historia se observa con qué perversa alevosía, con qué placer insano, con qué refinada crueldad, el caprichoso, implacable, monstruo de los humanos destinos esgrime sus armas para herir el corazón de los poderosos de la tierra... Parece complacerse en subirlas al trono para despeñarlos luego; en jugar siniestramente con las coronas, al modo que Hamlet jugara con la calavera del bufón; en rodearles de felicidades y venturas, para poner de pronto en sus labios mortal veneno.

Las recientes desdichas del pobre Boabdil moruno Ab-el-Aziz, del soberbio Abdul Hamid, del pintoresco Roghi, de los herederos de Austria, del presidente argentino, de Canalejas, de tantos otros, rodean de triste actualidad la historia de los regios destinos... Permitid que saque a luz los cuatro modestos trapos de mi prestada erudición...

¿Quién podía vaticinar, por ejemplo, al joven duque de Orleans que la siniestra muerte le tenía condenado desde su cuna? No había príncipe tan querido en la familia de Luis Felipe como el desdichado, su hijo... Era gentil, cortés, de suave trato, popular y amado... Sus palacios le anunciaban gloriosos días; el temor a la muerte, parecía siempre alejado de aquel rostro, henchido de salud, de aquel cuerpo varonil, tan ágil, de tan recia complexión, de tan guerreros arrestos... Sus cortesanos hablabanle alguna vez de «morir por la patria»... ¡Retórica frase, indispensable en las proclamas efectistas pero de la que era un mentís la fortaleza del príncipe!... Sin embargo, cuando los hadas bienhechoras disputaban sus favores al príncipe, va éste un día a despedirse de sus padres: los caballos que

UN NUEVO LIBRO



Luis de Tapia, ilustre compañero nuestro, que acaba de publicar un graciosísimo libro, titulado "Así vivimos".

arrastran el coche se desbocan... El duque, violentamente despedido contra el empedrado, muere a las pocas horas... ¡Prosaico, vulgar, estúpidamente trágico-final el del infelice Príncipe!

Los destinos de Francia se tuercen; el espíritu maléfico sonríe, satisfecho, ante aquella su víctima juvenil.

Los príncipes jóvenes fueron, en verdad, desgraciados durante el pasado siglo.

Niño aún, muere el hijo de Luis XVI, el Delfín, víctima de la Revolución francesa... Su muerte, envuelta en el misterio, es aún el obligado enigma perseguido por la erudición francesa...

Una oscura noche, los fosos del Castillo de Vincennes se iluminaron con siniestro resplandor de linternas... Poco después, desgarran las tinieblas el fogonazo de una descarga... El duque de Enghien, el enemigo de Napoleón I, cae fusilado por orden cruel del tirano corso. También sufre éste adversidades de la fortuna... La dama fúnebre se venga en él: ojo por ojo, diente por diente.

El retoño del águila napoleónica, el desplumado águila o aguilucho, el melancólico duque de Reichstag, muere en su dorada cárcel de la corte vienesa, consumido de ambición, febril de fortuna y gloria, viendo, en su agonía, deshecha la leyenda del padre, el hado de Napoleón herido por el infortunio.

La muerte parece cebarse en los hijos de aquellos aventureros con fortuna, de los orgullosos Napoleones.

Las abejas que ostentaba en su escudo el vencido de Sedán, el esposo de Eugenia de Montijo, no pudieron libar flor de paternales dulzuras. El Príncipe imperial, ante quien se prosternaba la Corte de las Tullerías, no pudo ser Emperador, porque la Naturaleza quiso castigar con terrible pena el infame golpe de Estado que dió el triunfo al Imperio. El infortunado Príncipe se alistó en el ejército inglés para pelear contra los zulús. Hubiera podido salvar su vida en la emboscada que le tendieron aquellos salvajes; pero la fatalidad batía sus alas sobre la dorada cuna del Príncipe. La brida del caballo que montaba era poco consistente y se partió... Los zulús acerbillaronle a lanzadas. Cuando hallaron su cadáver, le cubría espesa mortaja de sangre...

Otra víctima de la fatalidad que sigue a los reyes fué Maximiliano, el Emperador de Méjico. No le sobraba inteligencia al hermano del Emperador austriaco. Sus sueños ambiciosos pa-

recían absurdos, mas no era responsable de ellos. Quien le propuso que fuera a Méjico para coronarse Emperador, de antemano le condenaba a muerte. Hubiera podido Maximiliano quedarse en Austria, gozando su esplendor. Pero fué a Méjico arrastrado por el vendaval del infortunio. Las tropas francesas que le apoyaban se retiraron luego. Cogido en Querátazo por Escobedo, fué fusilado.

¡Singular destino el de la familia imperial austriaca! Muchos de sus príncipes o murieron trágicamente o fueron expulsados por el pueblo... Muriendo María Antonieta en la guillotina, fué sangrienta víctima de la su histórica fatalidad familiar.

El príncipe Rodolfo, heredero del emperador Francisco José, era un hombre culto, artista, poeta. Un día se enamora de María Valsera... Su amor es locura, incendio, volcán...

La hermosura fatal de Maria era, sin duda, la careta que disfrazaba a la eterna dama maléfica, Nuestra Señora de la Muerte... Sepárase el príncipe de su esposa, y un día, desesperado, se suicida... ¿Se suicida? Ante tal interrogación callan, discretos, muchos austriacos respetuosos con sus reyes...

Otro príncipe novelesco es aquel Juan Orth, que abandona un día la Corte de Viena y se hace capitán de buque... ¿Vive? ¿Ha muerto? Cosa es que se ignora.

Habría que remontarse a la leyenda del *Buque Fantasma*, de Wagner, para hallarle romántica pareja.

¡Terrible drama el de Sarajevo, origen de la impía guerra!

¡Caso trágico también la muerte del príncipe Enrique, orgullo de los Orleans! Su primo, el duque del mismo título, el pretendiente a la Corona de Francia, era un cursilón, impopular y anodino. A Enrique le quería el pueblo. Prefirió, sin embargo, el camino aventurero, muriendo gloriosamente en uno de sus viajes, consumido por la fiebre.

Pero el caso más curioso en punto a infortunios regios ocurrió a Carlos I de Inglaterra. Oliverio Cronwell, su verdugo, era un cervecero tronado, que fué un día a un puerto inglés para embarcarse con destino a América. Aquel mismo día el rey de Inglaterra había publicado un edicto prohibiendo los embarques. Oliverio Cronwell quedó en Inglaterra, hizo la revolución y cortó la cabeza al rey.

¡Cuántas consideraciones de la más barata filosofía podrían finalizar esta ya larga cuanto, desordenada crónica!... Los reyes y presidentes de República se defienden del puñal, de la pistola, del veneno, de la dinamita... Pero la enfermedad los acaba como a miseros mortales, cual si fuesen demagogos...

Alfonso Daudet lo ha expresado en uno de sus bellos, exquisitos cuentos, *La muerte del Delfín*.

¿No lo recordáis? El principito se muere: la Corte se estremece.

¡Un principillo tan lindo no puede, no debe morir! La muerte se acerca al Palacio del *Delfín*; ponen a su paso guardias, cañones, ejércitos... Pero se filtra, al fin, sigilosa como el comendador, y con sus heladas tenazas ahoga al delicado regío vástago...

Cuando llega la hora fatal de la siniestra, Señora Muerte, para nada sirven los cañones...

Rodrigo Soriano

NO COMPRAR NADA
SIN VISITAR EL

BAZAR X

ESPOZ Y MINA, 4

AUTOMÓVILES LIGEROS

PEUGEOT

G. R. Peñalver, Castellana, 6 d.º

CUENTO DE «LA SEMANA»

EL LOCO DE LA GUERRA

Labraba su huerta, labraba su huerta con amor. Cuando se la arrendaron era un campo seco y polvoriento. Desvencijada la casa, mustios los árboles, sin huellas los senderos, borrados por el polvo y los verbajos.

Trabajó un año, trabajó dos, trabajaba sin descanso, y la casa y la huerta empezaron a sonreír con el verdor de las plantas, el amarillear de los frutos y el cantar de los pájaros. Los viajeros del ferrocarril, el cual pasaba paralelamente a la huerta, veían al mocetón, de pie en el campo, la azada al hombro, contemplándolos con mirada de rey, con cierto aire de conquistador...; y es que se figuraba que le pertenecía todo aquel campo, puesto que lo había hecho, a semejanza suya, fuerte y lozano.

Para completar sus dominios creía Juan que le faltaba un trofeo: el corazón de una mujer... ¿Cuándo y cómo nació en su espíritu tan desahogado deseo de conquista? No lo hubiera podido precisar el mismo Juan. Recordaba, sí, que una noche, estando de sobremesa la familia, dijo bruscamente el padre:—«Ya no te falta más que una cosa para ser hombre hecho y derecho: casarte.» Y recordaba también que al día siguiente, cuando salió a la alameda de árboles frondosos sobre cuyas ramas saludaban los pájaros la llegada del buen tiempo, echó de menos, sin saber por qué, en el balcón de la casa, una silueta de mujer que le dijera «adiós», confortándolo en el trabajo, con las manecitas de un chiquillo fuerte y lozano como él y su huerta.

No tardó mucho tiempo en escoger. Tomó mujer como quien toma un ramo del campo, la que le pareció más fragante, la que le hizo sentir un olor más grato. En Bougy, su pueblo, había una muchacha con todo lo que, a juicio de Juan, necesitaba de presente, y con todo cuanto ambicionaba para el porvenir. Ni aldeana ni señorita, ni ignorante ni bachillera, maja y sazónada como el que más de los frutos del huerto; no haciendo ascos al trabajo, pero no atreviéndose a salir, siquiera fuese al portal, sin alisarse previamente el pelo y sin ponerse los mejores trapitos de la cómoda. Gran ventaja—pensaba Juan en su ambición de conquista—porque voy sabiendo, y... ¿quién sabe?... ¿quién sabe?...

Se casaron por lo canónico, por lo civil, de todos los modos, por todas las leyes divinas y humanas, y la boda, verificada a principios de invierno, cuando la naturaleza iba cayendo en la sombra, fué a modo de aurora boreal que alumbró la casa, los árboles, la escarcha en que desaparecía poco a poco, temblando de frío, la hermosa huerta.

Para Juan no fué luna, sino todo un cielo de miel. El día se le figuraba eterno, porque los separaba el trabajo, y cuando volvía, corriendo como un chiquillo, se la comía a besos, y luego, de sobremesa, leían entre caricia y caricia el *Petit Journal*, gozando él con ver reflejado en los ojos de ella el asombro que le producía la perspectiva de París deslumbrador y triunfante.

Los tiempos cambiaron, pero no en el sentido que esperaba Juan. El propietario de la huerta le dijo un día, «cuando menos lo pensaba»:

—¿Sabes que mi hijo, el que está en París, volverá este verano? Voy a ponerle en posesión de toda la finca. Necesito, pues, la huerta, y te lo aviso desde luego porque el arriendo termina en 30 de junio. Tienes tiempo de sobra para buscar otra cosa.

Fué como si le hubieran dado un golpe de maza en la nuca. Paró atónito, sintiéndose desfallecer, con las piernas temblorosas; y luego, pasado el estupor, sintió que le subía del corazón un torrente de odio, una oleada de cólera, toda la protesta, largo tiempo reprimida, del siervo de la gleba contra el señor feudal.

¡Cómo!... Aquella tierra que labró y fertilizó y rehizo, aquella tierra que fué su primer amor y que entrañaba toda su esperanza, ¿no era nada para él y lo era todo para otro?... ¿Sería cierto que tenía, de grado o por fuerza, que entregarla a un advenedizo, que no la conocía siquiera

de vista, como quien entrega la mujer propia al primer hombre que pasa por la calle?...

Lloraba, lloraba mucho, como si al quitarle su huerta se le acabara el mundo y no tuviera tierra donde ponerse.

La despedida fué un dolor. Dijo «adiós» a los árboles, a las plantas, a los frutos que había cultivado para que los disfrutase otro, ese otro invisible que lo podía todo en la huerta de sus amores.

«Este prado—pensaba al pisarlo por última vez—era un barbecho. Yo lo hice fructífero aprovechando las aguas del río. ¡Cuánto trabajo! Poner la noria fué para mí obra sobrehumana; comprar un caballo, esfuerzo gigantesco; y con mi voluntad, la noria, el caballo y el agua, hice aprovechable lo que no servía absolutamente para nada...»

«Y estos perales exquisitos, gracias a los ingertos que hice, y estas ciruelas claudias, y estas manzanas, y esa senda cuajada de fresas y fresones que no se conocían en la comarca!...»

Quedó pensativo. Unas abejas, sus abejas, que guardaban bajo techado muy ricas mieles. pasaron zumbando sobre su cabeza. Las siguió a través de un rayo de sol y, arrebatado por el vuelo de los insectos, fué a fijar la vista en un jardinillo que había hecho brotar en un recodo a la entrada de la huerta. ¡Cuán hermoso le parecía entonces aquel rinconcito de flores bajo la fronda de los árboles; qué bien se estaba allí. Y luego, que fué en aquel sitio donde la besó por primera vez en la boca con el pretexto de quitarle una cereza...

Este recuerdo ensombreció el espíritu de Juan. Asáltóle la idea de que al desprenderlo de su huerta lo desprendían también de su mujer, de todo cuanto amaba en el mundo; experimentó una sacudida tan terrible como la que sigue a una amputación, y volvió a llorar de nuevo, a llorar mucho en silencio...

Después, de regreso a su casa, desfallecido y extraviado, buscó con ansia en el balcón la silueta de la mujer con las manecitas del chiquillo; pero no estaba allí, o se había confundido tristemente con el borroso horizonte.

La vida fué dura desde entonces. «Todo estaba muy malo» y era preciso inventar oficios para seguir viviendo. Negoció en patatas que compraba y revendía, negoció en hierba para abastecer los mercados exhaustos, andaba de pueblo en pueblo husmeando compradores y ofreciendo

NUESTRO PLEBISCITO



La señorita María Iglesias Portela, a quien ha correspondido el premio de 250 pesetas de nuestro Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional.

(Foto Paldeiro).

su negocio. Pero, así y todo, ¡qué vida tan dura aquella vida! . .

Y así debía parecerlo, por lo menos a su mujer, que estaba contrariada, tristonza, sumergida en un silencio que tenía tenebrosa perspectiva de remanso. Aquella buena moza, que nunca se había entregado con amor a la tierra, huía instintivamente, con desprecio y asco, de los sacos de patatas y de los carros de hierba. A medida que el hombre se encallecía en la labor ingrata, la mujer se afinaba en la holganza, y encastillada en su balcón absorbíase en las aventuras que el *Petit Journal* le contaba diariamente de aquel hermoso París que no había visto, y que ya no vería nunca...

Descuidado el niño una tarde, rodó por la escalera y se hizo en la frente una profunda herida, siendo recogido por el padre, que lo dejó todo de la mano. Aquello no era cosa de cuidado, pero hacía falta ir a la botica, y mientras él acudía presuroso con todos los remedios que había en la casa, ella empezaba tranquilamente a alisarse el pelo y a mudarse el traje.

—Pero, ¡mujer!—observó él con franca cólera—. ¡Si te dicen que necesito los óleos deprisa y corriendo, no saldrás por ellos sin hacerte la *toilette*!

Ella no dijo nada. Lo miró friamente, como si mirara una cosa muy lejana, perdida en el vacío.

Otra tarde, de vuelta del trabajo, «cuando menos lo pensaba», Juan vió de repente en su cuarto solitario unos garabatos que le entraron en seguida por los ojos.

«Esoy cansada de esta vida... No me esperes más... Me marcho.»

Era una burbuja del remanso.
Juan lo veía sin poder darle crédito. «No me esperes más... Me marchó...»

También él quiso marcharse, y abrió la ventana con intención de abalanzarse por ella y romperse el cráneo en la vía; pero aquel instante de desesperación fué retenido por una voz. Miró. Y vio al niño, agrandado, inmenso, llenando toda la soledad del hogar.

Las comadres de la rue Montmartre le conocían mucho y comentaban la ocurrencia mientras llenaban cucuruchos de papel blanco con doradas patatas fritas que vendían a los transeúntes madrugadores.

¡Demonio con el señor Juan! ¡Pues no había dejado los negocios, el pueblo, todo cuanto tenía, por venir á París en busca de su mujer, de la *indina* de su mujer, cuyo paradero se ignoraba por completo! ¡Y el buen señor Juan empeñado en que estaba allí, escondidita, que no podía estar en otra parte, que París la había atraído con sus ojos de boa y se la tragaba alegremente! Era delicioso aquel Juan, especie de *bon homme*.

Los *souteneurs*, a quienes contaban el lance, reflejaban un asombro raro en sus fisonomías patibularias, y hacían silbar las lenguas con el particular chasquido de la chulapería regocijada. ¡Qué papanatas el tal señor Juan! ¡Buscar la mujer propia donde había tantas ajenas! ¡Buena tontería!

Juan olfateaba las faldas de su mujer, faldas tanto más deseadas por él cuanto más dispersas estaban a lo largo de la gran ciudad. Lo primero que pensó, pensando piadosamente, fué que había entrado en un taller de obreras. No era posible otra cosa, y, creyéndolo a ciegas, recorrió tienda por tienda las de los barrios esencialmente obreros, como Montmartre. Lo malo era que no había por allí rastro ni olor de su mujer.

Desanimado en sus pesquisas, pensó andando el tiempo—aunque sentía frío en el corazón y le daba horror el pensar en ello—que su mujer tenía un amante; y desde Olympia al café d'Harcourt, desde los cafés cantantes de los Campos Eliseos hasta el Mouleu Rouge, recorrió los sitios alegres, teatros, conciertos, bailes, todos los espectáculos que constituían los *plaisirs du jour*. Era un andar de *Judío Errante*, andar continuo al azar, inútil siempre.

Por entonces se descubrió en un *hangar* de la rue Botzaris los trozos sangrientos de una mujer descuartizada; Juan acompañó a los vecinos y policías que recorrieron con perros de caza, buscando los miembros que faltaban, todos los alrededores de la apartada y siniestra calle, y se distinguía entre los más asiduos concurrentes a la *Morgue*. Quiso ver los restos, y creyó reconocerlos. Sí, aquellas piernas eran las de su mujer,

EL VERANO EN MADRID

«no había duda». Se desmayó de susto, y, al recobrar el conocimiento, confesó que le habían engañado las apariencias. No, aquellas piernas mal formadas no eran las de su mujer. Eran otras, indudablemente.

Se hizo presentar al prefecto y formó en la inacabable comitiva de maridos que iban a la prefectura, con motivo del descuartizamiento, a contar que sus mujeres se escaparon en tal o cual fecha, siempre remota, y no dejó ningún día de hacer las mismas indicaciones y preguntas. El prefecto, que lo inspeccionaba detenidamente, acabó por decir: —«Si este hombre no es tonto, le falta poco para estar loco.»

Desanimado nuevamente puso su última esperanza en el asfalto del boulevard. La idea le repugnaba. Su mujer... El boulevard... Era horrible la sospecha.

Era un conocido de las alegres muchachas de todos los *cartiers*, a las cuales dió miedo en un principio, porque se acercaba a ellas cautelosamente, mirándolas, una a una, con ojos de loco. Le tomaron por el *Destripador*, singularmente cuando la prensa dió la noticia de que había detenido a una mujer sujetándola fuertemente por los brazos mientras gritaba: —«¡Ya te tengo, infame!...» Convencidas más tarde de que era un chiflado, lo acibillaron a burlas, y concluyeron por compadecerse de su chifladura, la cual les inspiraba una especie de sentimiento romántico que desaparecía pronto, borrado por las pisadas que daban al galopar en el *trottoir*. —«Oh, el pobre señor Juan, buscando, buscando siempre en París a la mujer honrada!...»

Era el eterno viaje a lo desconocido, al ideal nunca alcanzado, a la región inexplorada, algo así como una expedición al Polo Norte del amor... Aquel viajero extraño e infatigable consiguió al fin dar risa a todas las personas que le tropezaban en la calle. Una vaca, que se asustó al verle en Montrouge, sacudió las campanillas y levantó una pata trasera.

La cosa, o Juan, no era para menos. Se paraba de repente en la calle, abría extraordinariamente los brazos, como un crucificado, y los cerraba con fuerza invencible, gritando:

—¡Es mía; la tengo!

* *

Comenzó la guerra, y Juan, el errabundo, el loco Juan, fué recogido y trasladado a las trincheras, donde le entregaron un fusil. Con él se exacerbó su locura. Trotando, saltando, siempre con el fusil entre los brazos agarrotados, le besaba exclamando con aquella suprema convulsión de enamorado:

—¡La tengo! ¡Es mía!...

Sus jefes, viéndole tan bravo, le admiraban; sus compañeros, le envidiaban y todos, todos al hablar de él, le llamaban «el héroe».

Luis Bonafoux

LECTURAS COMENTADAS

Dice *La Acción*:

«...porque aquí todos sabemos quiénes son los que canjean su silencio por tanto y cuanto que cobran en determinadas casas de juego».

¡Digo!

Y donde digo digo no digo digo, sino que digo Diego Corrientes.

* *

Dice *El Radical*:

«Ciento cuarenta son los conventos o residencias que los padres franciscanos tienen en España.»

Bueno, se lo diremos a Lerroux.

Para que elija.

* *

Dice un periódico de Ceuta:

«El general ha dispuesto que se tome y se retribuya a los que presenten armas procedentes del enemigo.»

Eso, eso es lo que hace falta.

Generales de armas tomar.

* *

Dice el *Heraldo*:

«Uno de estos días aparecerá en la *Gaceta* el pliego de condiciones para el arriendo del Teatro Rea.»

Pues falta el otro pliego.

El pliego de condiciones para el arriendo de la ganancia.



—¿A qué «parque» o recreo nos iríamos esta noche que estuviésemos bien calentitos?...

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ MENSAJERIAS

(CONTESTACIÓN PAGADA)

Al presidente de la Diputación...

¿Se sabe ya por fin a qué capítulo se han cargado las 1.500 pesetas que usted y otro diputado provincial gastaron en visitar el manicomio de San Baudilio?

Esto puede que ya se sepa. Lo que no se sabrá jamás es por qué ni para qué visitaron ustedes el manicomio.

A los concejales de la Banda...

¿Se sabe ya por fin a qué capítulo se han cargado las 1.500 pesetas que gastaron ustedes en su viaje para acompañar a la Banda Municipal cuando fué a Pamplona?

Esto de que la Banda no pueda viajar sin concejales origina el que se conozca a los que van por el sonoro pote de «concejales de la Banda». De la Banda Municipal, se entiende.

A Nougues, Ayuso y Morayta...

Morayta, Ayuso y Nougues,
los tres,

los tres con el mismo afán
van

siguiendo un mismo destino
por mal camino.

Y Llorente, que es tan fino,
que lleva chaleco blanco,

murmura desde su banco:

«Los tres van por mal camino.»

A Carlos Arniches...

¿Con que vamos a tener pronto Teatro Arniches, Carlos de mi alma? ¿Tú sabes lo que dicen por ahí Linares Rivas, Muñoz Seca, y, sobre todo, Paso y Abati?

Pues dicen que han pasado por lo de Teatro Benavente porquesabian que acabaría en «cine»; y por lo de Teatro Alvarez Quintero, porque veían venir a las cupletistas, al «perro calculador» y demás perros, más o menos declarados. Pero no pasan por lo de Teatro Arniches, aunque comience, como va a comenzar, con Blanquita Suárez y Videgain, mientras no haya un Teatro Muñoz Seca y otro Teatro Abati y otro Teatro Paso, que forman, según ellos y según Tirso, la Trinidad del ingenio escénico.

Lo que dice Linares no es para oído.



D. Mariano Martín Fernández, liberal,
por Lugo. (Foto Ortiz.)

Probad los espárragos TREVIANO

LA ACCIÓN DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN LOS CAMPOS DEL RIF



"El Vinagre" (1), célebre bandido que capitaneaba la harca del Biut, y Chel-Haff, Kaid de Ain-Xixa (2), varias veces traidores a España, que fueron muertos por nuestras tropas en uno de los últimos combates.



La zona del Biut y sus alrededores.—1, Kudia Ain-Xir, posición ocupada por la brigada del general Martínez Anido. 2, El Hamara, loma conquistada por las mismas tropas. 3, Loma de las trincheras, ocupada por la columna del general Milans del Bosch. 4, Poblado del Biut, tomado por las fuerzas del general Sánchez Mazas. 5, Montañas de Ain-Xixa, que no han sido ocupadas todavía.



Algunos de los principales jefes de la kabila de Anyera, dirigiéndose a visitar al general Milans del Bosch para afirmar su propósito de sumisión y demandar el perdón de España. (Fotos Rubio.)

NUEVO SACERDOTE



LOJA.—Personalidades que asistieron a la fiesta celebrada con motivo de cantar su primera misa el joven, de distinguida familia de aquella ciudad, D. Ramón Sala Caro. (Foto N. Ruiz.)

EL CICLISMO



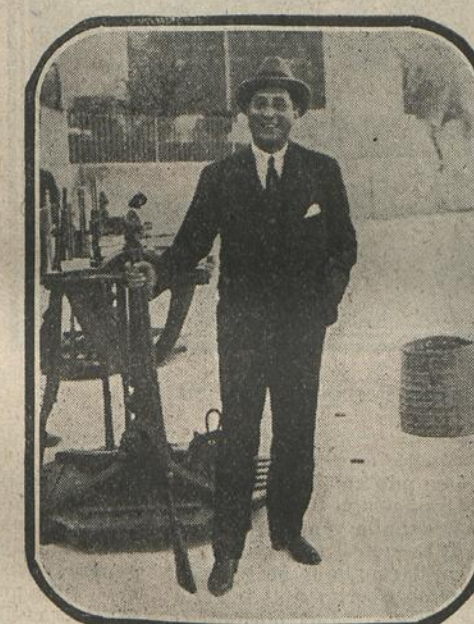
D. Antonio González, que en las últimas carreras ha ganado el campeonato ciclista de Andalucía. (Foto Olmedo.)

ALBA Y LOS PERIODISTAS



El ilustre ministro de Hacienda, D. Santiago Alba, acompañado del notable y popular periodista D. Darío Pérez, a quien hizo unas interesantes declaraciones que han dado lugar a una noble y viril ratificación del gran estadista desde el banco azul, y han motivado el banquete con que le han agasajado los periodistas madrileños, sin olvidar el matiz político. (Foto Ortiz.)

TIRO DE PICHÓN



El Sr. Villalunga, que ganó el primer premio en el Tiro de Pichón de Palma de Mallorca. (Foto Rozas.)

VIAJE DE LA INFANTA ISABEL



TALAVERA DE LA REINA.—La infanta Isabel, al salir de la Colegiata, conversando con las autoridades de la ciudad y exteriorizándolas su grata impresión. (Foto Ginestai.)

MUERTO ILUSTRE



El director general de Aduanas, D. José Valdés, fallecido el martes en Madrid. (Foto Ye.)

MATERIALES DE GUERRA



SEVILLA.—Obreras que trabajan en la Fábrica de Armas, en la carga de cartuchos para las nuevas ametralladoras. (Foto Olmedo.)

BANQUETE DE ABOGADOS



Banquete con que los abogados del Colegio de Madrid agasajaron días pasados a su compañero Sr. García Prieto, por su designación para decano.

NUEVO GOBERNADOR



D. Juan José Cobián, nuevo gobernador de Palencia, donde le han dispensado un cariñoso recibimiento.

CONTEMPORÁNEOS CÉLEBRES

D. Eduardo Cobián

D. Eduardo Cobián es, acaso, uno de los hombres más acreedores por sus méritos, su laboriosidad y su talento, a la reputación prestigiosa que tan bien conquistada tiene en este campo de la política española, que es para unos campo de sacrificio en el que se lucha sin vencer, y para otros campo de triunfo en el que se vence sin luchar.

En España, donde la mayoría de los que llegan a ministros son ilustres por haber sido ministros, en vez de haber sido ministros porque fueran ilustres, D. Eduardo Cobián constituye una excepción de esa regla. El insigne jurisconsulto supo sacrificar, en estos tiempos de «Viva la Pepa» y de la cuestión es pasar el rato, algo tan importante como su propia salud, pues a consecuencia del excesivo trabajo que sobre él pesó al ocupar últimamente la cartera de Hacienda, sufrió un ataque cerebral que le puso en trance de muerte y del cual aún no se halla restablecido del todo.

El ilustre ex ministro liberal nos acoge con sincero afecto.

Le hallamos en un amplio gabinete sobre cuya mesa se ven numerosos libros y revistas, y por cuyo balcón, abierto de par en par, penetra un venticillo de siesta estival que trae olor de frondas y pjar de gorriones.

—¿Cómo va esa salud, don Eduardo?—pregunta el reporter.

—No me siento mal del todo... Algo cansado... Tome usted asiento y dígame en qué puedo servirle.

—No sé si habrá usted visto en LA SEMANA—exclamamos—alguna de las biografías anecdóticas que venimos publicando bajo el título de «Contemporáneos célebres».

—Sí; las he visto y leído, porque son interesantes.

—Pues aquí vengo a que me cuente usted algo para publicarlo en una de ellas.

—Pero si yo no soy célebre...

—Así lo creerá usted; pero siento que no estemos de acuerdo.

—Bueno, pues si usted se empeña le daré algunos datos, aunque no sé si serán suficientes para el trabajo que desea usted publicar.

—¿...?—
—Nací en Pontevedra el año 1857. Ni de mi infancia ni de mi juventud recuerdo ninguna anécdota que merezca contarse. Yo sólo tengo en la memoria las fechas y actos más importantes de mi vida.

—¿...?—
—Recuerdo que en mis primeros años mi verdadero ideal consistía en ser marino. Me atraían los encantos de esa vida errante, peligrosa, pero rica en emociones, que arrastran los marinos. Mi padre no era en esto de mi misma opinión y prefirió que me hiciese abogado. Por nada del mundo quería que fuese marino. Y ya ve usted lo que son las cosas, andando el tiempo llegué a ministro de Marina, cartera que he ocupado tres veces.

—¿...?—
—En la escuela primero y después en el Instituto tuve fama de ser juicioso y aplicado, consiguiendo en ambos centros docentes ocupar los primeros puestos. En el Instituto, y luego en la Universidad, obtuve bastantes sobresalientes y matriculas de honor.

—¿...?—
—Un niño era todavía cuando empecé a leer obras literarias y políticas. Una de las obras que más leía y con mayor entusiasmo, era la *Historia de la Revolución francesa*. Se explica esta predilección mía por esa obra, toda vez que descendiendo de franceses, tanto por la línea paterna como por la materna. Por cierto que hace

poco tiempo murió en el frente de batalla francés un pariente mío: el conde Roffignac.

—¿...?—
—Vine a Madrid el año 75, cuando la Restauración, y comencé a estudiar el tercer año de Derecho. Entonces asistía al Ateneo y al Congreso a oír las discusiones. Entre mis compañeros de clase recuerdo a Alvarado (D. Juan), Urzáiz, marqués de la Mina y Alfredo Zabala. Con este último tengo desde entonces una buena amistad. Yo iba a su casa todas las tardes, y allí repasábamos juntos las lecciones para el día siguiente. Luego, cuando ocupé altos cargos, hice a Zabala diputado, y más tarde, cuando fui ministro de Hacienda, le llevé conmigo de subsecretario.



El Sr. Cobián, con su nieto Fernandito Melgarejo.

—¿...?—
—A mí me protegió en mis comienzos D. Eugenio Montero Ríos. Gracias a él fui diputado a Cortes por La Cañiza, cuando tenía treinta y nueve años. Montero Ríos me estimaba mucho, hasta el extremo de confiarme la defensa de su honra cuando aquel célebre crimen de la calle de Fuencarral, el de Varela... Los periódicos hicieron una campaña horrible contra Montero Ríos. Hubo día en que entablé yo, en nombre suyo, diez querellas nada menos contra *El País*.

—¿...?—
—En 1888, y al discutirse en el Congreso el Mensaje de la Corona, hice yo la afirmación de que el Sr. Cánovas del Castillo había sido libre-cambista. Con ese motivo promovimos ambos una discusión muy interesante, a la que *El Liberal* le dedicó la siguiente quintilla:

«Colosos de mazapán
que se imponen al Congreso
sólo con un ademán,
parecen de tanto peso
y los derriba Cobián.»

—¿...?—
—Cuando fui ministro de Marina en 1905 hice en el Congreso un proyecto de ley sobre construcción de la Escudra, que mereció grandes elogios de la opinión. Y en 1910, cuando ocupé la cartera de Hacienda, presenté a las Cortes gran número de proyectos de ley, que fueron aprobados en su mayoría, para reforzar, como en efecto ocurrió, los ingresos, salvando así la situación difícil porque atravesaba la Hacienda.

En este momento nuestra charla es interrumpida por un pequeñuelo de unos cinco años, nieto del Sr. Cobián, que se asoma a la puerta de la habitación.

—Ven aquí, Melgarejo—dice el Sr. Cobián,

llamando al niño por el apellido de su padre y por el suyo propio.

El chiquillo, un angelote rubio y vivaracho, corre hacia donde está su abuelo, tendiéndole los brazos.

El Sr. Cobián le besa, y acto seguido desaparece el infante rápidamente.

—¿...?—
—Del 87 al 88, siendo individuo de la Comisión de Presupuestos del Congreso, formulé un voto particular, que también suscribió D. Antonio Botija, pidiendo la rebaja de la contribución territorial y el establecimiento del impuesto de 20 por 100 sobre el cupón de la Deuda pública. Con motivo de aquel voto sostuve una amplísima discusión con los Sres. Rute, Castelar y Villaverde, que lo combatieron; por cierto, que el Sr. Villaverde, siendo poco tiempo después ministro de Hacienda, no vaciló en establecer el impuesto que yo pedí.

—¿...?—
—A más de las cuestiones económicas que he tratado preferentemente, sostuve en el Senado muchas campañas acerca del Ejército y la Marina.

—¿...?—
—Como abogado he tenido temporadas en que he sido uno de los que más han trabajado. De mis trabajos en el Foro, muy numerosos, el que estimo más importante es el escrito de conclusiones que, como letrado defensor de la Familia Real, presenté ante el Tribunal Supremo cuando el pleito que promovieron los hijos de Elena Sanz en 1908.

Acerca de este escrito debemos llamar la atención del lector por ser un trabajo verdaderamente notable, pues en él se tratan magistralmente cuestiones constitucionales y jurídicas de suma importancia. Aunque las dimensiones del escrito nos impiden insertarlo íntegro aquí, vamos a copiar los siguientes fragmentos:

«... La Constitución declara sagrada e inviolable la persona del Soberano, no su caudal privado, que está sujeto por la citada ley de 12 de mayo de 1865 a las responsabilidades del orden civil; y el legislador, con una plausible previsión, y para poner en armonía ambos preceptos, obliga al Rey, lo que no hace con ningún ciudadano, a que tenga un administrador general, que es el Intendente; y establece la ficción de que aun cuando las obligaciones de carácter civil las haya contraído personal y directamente el Rey, no las contrae éste y si su administrador general, a fin de que las acciones que haya que ejercitar para hacer efectivas aquellas obligaciones no se dirijan, y que las demandas no se entablen contra el Monarca y si contra su Intendente.

Ingllaterra, gran maestra en derecho constitucional, tiene establecido, como una de las prerrogativas del Rey, que no pueda ser ni civil, ni criminalmente demandado ante los Tribunales, y que cuando se trate de una reclamación de carácter civil se haga en forma de petición dirigida al lord Canciller, o sea al ministro de Gracia y Justicia, para que éste, en nombre del Soberano, la resuelva como tenga por conveniente.

No fijando la ley 11 de Toro prescripción alguna especial para el ejercicio de las acciones sobre reconocimiento de hijo natural, es preciso entenderla regulada por la general que establece la 63, o sea la 3.ª, título 8.º, libro 11 de la Novísima Recopilación; según la cual las acciones personales, carácter de la que se trata, prescriben a los veinte años; y habiendo nacido el Sr. Sanz, como él mismo reconoce, el 28 de febrero de 1886, desde cuyo momento pudo él o su madre, que para el efecto es igual (sentencias de 13 de mayo de 1902 y 26 de marzo de 1904), ejercitar la acción que hoy esgrime, es evidente que en 28 de febrero de 1903 expiró el plazo de que para hacerlo disponía; y aun admitiendo en su favor el beneficio a que se refiere la ley 9.ª, título 19, de la Partida 6.ª, como

LOS METALES Y LAS ACCIONES

ese beneficio sólo dura cuatro años desde que se llega a la mayor edad, y tal circunstancia se produjo en el demandante el 28 de febrero de 1903, no puede dejar de reconocerse que en 8 de abril de 1907, fecha de la demanda, habíase ya extinguido por el transcurso del tiempo el supuesto derecho; y como el art. 137 del Código civil no permitía al Sr. Sanz pretender la declaración a que aspira, fuera de los cuatro primeros años de su mayor edad, es innegable que tampoco ese precepto, aunque pudiera aplicarse, ampararía su designio.»

—¿...?

—Me da pena ver la situación en que hoy se encuentra España. Debemos de ocuparnos más de pensar en el día de la paz. Sin duda se plantearán problemas de gran transcendencia para la vida de nuestra nación. Uno de ellos será la emigración del capital y de los brazos. Eso es preciso estudiarlo y estar preparados para dar soluciones en momento oportuno.

—¿...?

—Nos importa mucho cuidar de nuestra defensa y tener un Ejército, si no numeroso, bueno, y una escuadra suficiente; y además, y con esto termino, creo necesario que fortifiquemos nuestros puertos.

El Sr. Cobián se dispone a prepararse para dar su paseo vespertino, y el reporter, que tiene siempre en cuenta el *onceno mandamiento*, se despide del ilustre ex ministro liberal, agradeciéndole su cariñosa acogida.

Miguel de Castro.

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Allá, en Pontevedra, hay una calle que llaman del Puente, y en esa calle una casa modesta, y en el bajo de esa casa había, por el año de 1886, un estudio de abogado, lleno de crédito, honradez y dignidad, regentado por un juriconsulto, D. Sabino G. Besada, hombre culto, austero y justo.

En calidad de pasante ingresé en el bufete de mi tío, y en las postrimerías de aquel año, una mañana de furioso temporal gallego entró por la puerta del despacho, chorreando agua por su *pallosa*, un labriego, que tuvo la humorada de someter sus dudas a mi consejo.

Dile el dictamen, ignoro si con error o con acierto, pues sólo recuerdo que se trataba de un retracto, y cobré por mi primer trabajo, no una peseta y si dos, y en una sola pieza, que conservo. A pesar de tan módico estipendio, hubo de regatearme el precio mi cliente, que en aquel tiempo y en aquel pueblo se evacuaban consultas profesionales hasta a... ¡seis reales!

Y no eran mejores ni peores que los dictámenes de nuestros días.

Augusto G. Besada.

* *

«La primera peseta», es decir, «el primer duro» que he ganado escribiendo me lo dió Francisco Bueno, editor de una revistilla titulada *Demi-Monde*, que se publicaba en Madrid hace veinte años. La dirigía Luis París y colaboraban en ella Eduardo de Palacio, Taboada, Navarro Gonzalvo, Lustonó y otros autores de eminente donaire y cartel.

Yo estudiaba entonces en la Universidad, Filosofía y Letras, y tenía una amiga planchadora que bailaba muy bien.

Una noche llegué a mi casa con las orejas muy coloradas. Mi madre me preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De ganarme un duro. ¡Mira!

Y mostré los veinte reales en una pieza. Después referí el origen de aquella fortuna y hablé



El gerente, leyendo.—«Las últimas acciones de nuestro Ejército en Marruecos, nos han costado bajas en número...»

El empleado, que viene de la Bolsa.—Las acciones de 1.000 pesetas se han cotizado hoy con un alza de seis enteros...

de Francisco Bueno, como ahora lo haría de Mr. Carnegie. La autora de mis días, emocionada con mi relato, me abrazó, me besó, me anunció un brillante porvenir... y me quitó el duro.

—¡Pero, mamá!...

Yo me acordaba de la planchadora.

—Este duro—replicó mi madre con aquella

gravedad que tenía las noches en que yo me retiraba tarde—no se gasta; es sagrado. Este duro lo pongo yo en un marco.

En aquel momento, sin duda, la excelente señora pensaba en la posteridad, y con este ambicioso pensamiento se olvidó de darme «otro duro», que era lo natural y lo humano. Yo me quedé muy triste. Veía mi duro detrás de un cristal. ¡Hacer de una cosa tan alegre como un duro una momia! ¡Qué pena!...

En resumidas cuentas: que aquel «primer duro» apenas lo vi, cuando dejé de verlo; fué mío... y no fué mío...

Luego, diferentes veces a lo largo de mi laboriosa vida, me he acordado de él. Porque yo he ganado mucho dinero; dinero que no ha hecho más que «pasar» por mis manos, y que después se ha llevado «un amigo», cuando no S. M. la Trampa.

Todos mis negocios se han parecido a aquel duro...

Y es que el pasado se repite y se hace mañana. «Los muertos—ha escrito Spencer—gobiernan a los vivos.»

Eduardo Zamacois

NUEVA ESCRITORA



María Gómez Leonet, gentilísima señorita, que en «Pictorial Review» y otras varias importantes publicaciones se está dando a conocer como una notabilísima literata.

BRASSERIE

Palace-Hotel

Music-Hall-Varietés-Cinema
Guill-Room-Almuerzo, 4 pesetas.
Platos del día, 1,25

GRAN TERRAZA

CONCIERTOS CLASICOS

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2569
FUENCARRAL MADRID

LA GUERRA

Pongo el paño al púlpito y digo: que aunque todas las improvisaciones me parecen malas, desde los versos con que suelen estropear la digestión en los banquetes, hasta los ejércitos que brotan de la noche a la mañana, tanto nos habían hablado del que los ingleses habían logrado organizar y de la fabulosa cantidad de cañones y municiones que habían conseguido reunir, que a pesar de que en la primera acometida británica al Norte del Somme, vi comprobado lo que muchas veces dije, que no se podían esperar milagros de un ejército que no tenía pátina; pensaba a ratos si los ataques al Norte del

todavía más; porque sépase que tras de la primera línea conquistada, hay otra, y otra, y otra, y mientras haya brazos y picos y azadones para cavar la tierra, a las trincheras perdidas reemplazarán las cavadas de nuevo, y se repetirá el cuento de la buena pipa...

Los soldados que han de terminar esta guerra quizá estén en la lactancia ahora, si, según los ingleses, esta lucha no ha de acabar por un golpe teatral, sino por el lento desgaste de los enemigos.

Una piedra es una piedra y gota a gota se horada. Conformes; pero no olviden los ingleses que seguramente el número de bajas definitivas que sus enemigos tienen al cabo de un año es inferior al de nacimientos de varones en Alemania, Austria y Hungría y vayan pensando en

está resolviendo, una formidable explosión de cañonazos le pondrá el punto final, y querer resolverlo de otro modo vale tanto como, según hacen los árabes, intentar curarse con versos del Korán ciertas enfermedades.

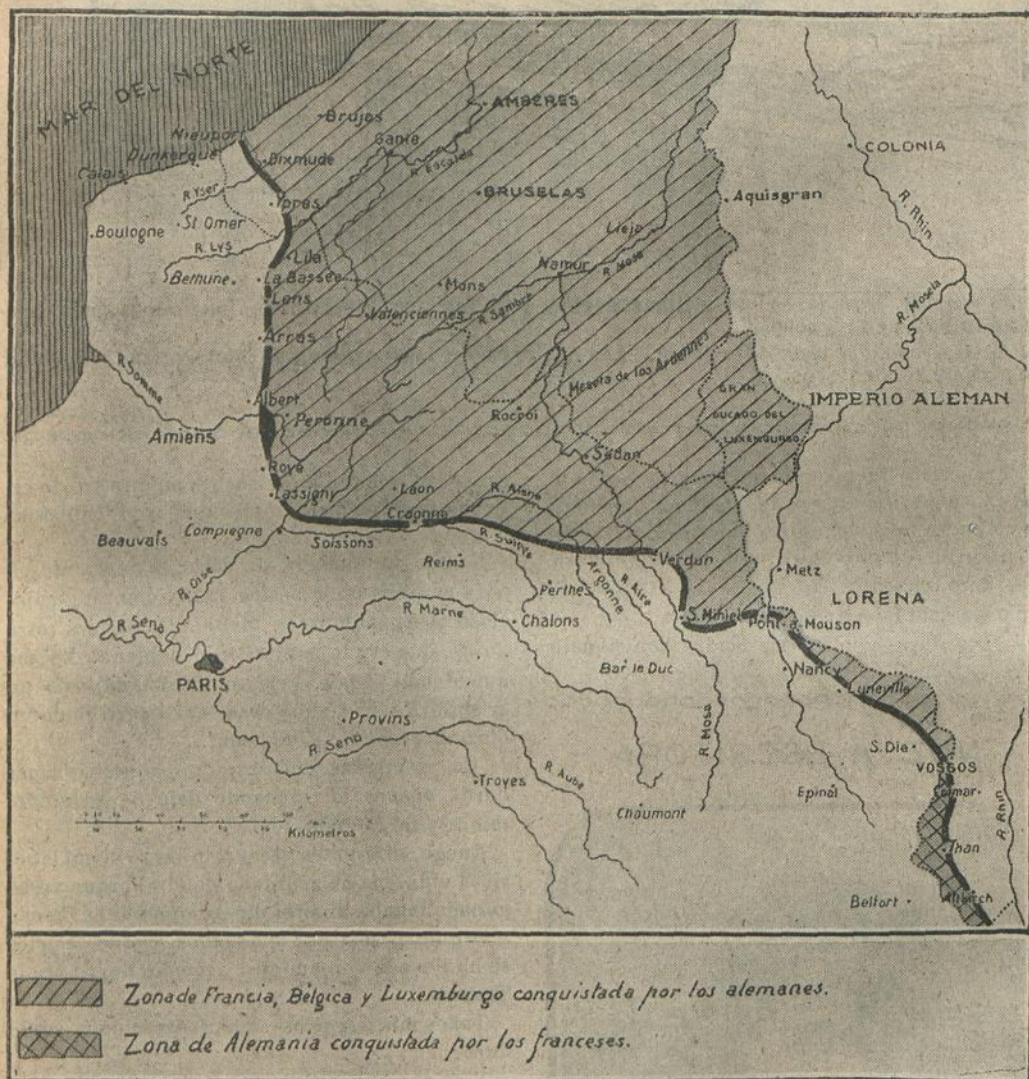
Bajo el eufemismo de la palabra desgaste se oculta otra más dura: impotencia, de la que tienen conciencia los soldados que en las trincheras combaten como lo prueba el que protestan escribiendo a Gustavo Herné, diciéndole que si no hacen más es porque más no pueden hacer. Con todos los elementos de destrucción que Alemania cuenta, con las 2.000 piezas de artillería que tenía en mayo en el sector de Verdun, véase cómo avanza, lentamente, a paso de tortuga. Al atacar franceses e ingleses en el Somme, se ha dado el mismo caso (por lo que se refiere al sector francés) que se verificó en el ataque a Verdun en los primeros días; un avance de unos kilómetros y después un alto para ganar metro a metro el terreno y encontrarse los ingleses con la desagradable sorpresa que los franceses se encontraron en la Champagne; con que sus enemigos, armados de ametralladoras, salían a su espalda de reductos subterráneos en forma de estrella, fusilándolos a mansalva cuando se creían victoriosos. La guerra de movimientos ha terminado en Francia por uno y otro bando, y si en Occidente ha de terminar la lucha que en Occidente principió, no podrá ser más que por una de estas dos causas o porque los alemanes tomen la sombra de Verdun, y al demostrar a los franceses que van allí donde su voluntad les guía, se revuelvan éstos contra los ingleses al ver que su ayuda de nada les ha valido, o porque los alemanes hallen el medio de herir a Inglaterra en el corazón, en sus islas, para que vayan pensando con menos calma en lo del desgaste ajeno. Tampoco hay asomos de ver la decisión de esta contienda, sin precedente en la Historia, en los demás teatros de operaciones, pues si en Rusia han logrado que los austro-alemanes retrocedan del Styr al Stochod, la zona reconquistada por los rusos, sumada con la conquistada en Austria, viene a tener (en relación con el terreno que aún deben reconquistar) poco más o menos la extensión que el borroncito que en Francia he señalado, y si se me dice que no se trata de avanzar sino de aniquilar al enemigo, responderé algo que hoy saben hasta los chicos: que el que ataca tiene más bajas que el que se defiende, y si grandes habrán sido las de los austro-alemanes, enormes serán las de sus contrarios.

¿Y en Italia?... ¿Y en Asia?... Dejo la palabra a Pierre l'Ermite, que con un humorismo que para mí quisiera, cuenta que en un pueblo de Francia, que queda en nombrar cuando la guerra termine, un ujier fué a afeitarse a casa de un barbero... El Figaro y el ujier, a tiempo que éste tenía la cara enjabonada, comenzaron a hablar de la guerra... Y digo (habla el ujier) que los rusos nos muelen todos los días los oídos con que avanzan en Asia, y yo no veo que lleguen a Constantinopla; más bien los veo camino del Cáucaso... Los italianos..., los italianos, ni llegaron a Trento y Trieste ni llevan trazas de hacer retroceder a los austro-húngaros. Toma la palabra Figaro. ¿Pero usted es un boche?—Yo digo la verdad, y añado que tenemos a los alemanes a dos pasos de París desde hace veintidós meses, y que se aproximan a Verdun, y que por Aquisgran traen piezas con que molernos las costillas, y que vea usted lo que los ingleses nos han ayudado, y que los rusos, los rusos y la guerra no se acaba.—Ni yo tampoco de afeitarlo...—¿Cómo?...—Lo dicho, dicho está...

Y el ujier con media cara afeitada y la otra llena de jabón tuvo que marcharse a su casa pensando que el patriotismo es vino que a unos emborracha y ciega, y a otros les tonifica, pero no les nubla los ojos.

El ujier veía claro, y lo doloroso, según Pierre l'Ermite, es que va habiendo muchos ujieres en Francia al observar que a esta nación (digo yo) le están haciendo la barba.

Armando Guerra



Somme no serían más que una finja, y de buenas a primeras asomarian los ingleses por Arras, por La Bassée, por Ipres, por Dixmude... ¡Bah! Ya se me ha pasado el susto... Ese borroncito que he echado en la línea que representa la posición de los alemanes, entre Amiens y Peronne, da idea aproximada del terreno reconquistado por franceses e ingleses en su acometida en ambas orillas del Somme.

Ahora compare el lector la superficie que ocupa ese borron con la que está rayada, y que tendrían que conquistar los franco-ingleses antes de que los alemanes volvieran a su frontera, y calculen, a ojo de buen cubero, cuánto va a durar la guerra. Diez años, veinte años... más,

exterminar las mujeres de esas naciones, porque si en tanto que haya mujeres habrá poesía, o mucho me equivoco (creo que no), o los regimientos austro-alemanes será difícil que se queden en cuadro. Y que ya los alemanes habían pensado al principio de la guerra en que ésta sería larga, muy larga; lo prueba que previsores, daban de tiempo en tiempo licencia a los soldados casados. ¿Verde y con asas?... Recluta al canto.

La lucha es a muerte y entre pueblos, no entre ejércitos: vencerán los que mayores signos de vitalidad hayan dado... ¿El dinero? ¿Pero es que esta guerra no ha demostrado que en crisis como las que atraviesa actualmente la sociedad el dinero no es elemento primordial para vencer? Lo que se necesitan son primeras materias, brazos que las trabajen para transformarlas y cerebros directores... ¿Abatir por desgaste a dos pueblos que tenían que volcar su exceso de población en el resto del mundo?

Primero se confió en que les faltaría cobre, y si alguna vez les faltó, las minas de Servia se lo proporcionarían con abundancia; después en matorros por hambre, y Rumania, no pudiendo dar salida a sus granos, se ha visto obligada a cederlos a los imperios centrales, que no digo yo que naden en la abundancia, pero el estómago es elástico, y a falta de pan, con tortas se conforma. Este problema que a cañonazos se

FÁBRICA DE RELOJES
CARLOS COPPEL
Fuencarral, 27.—MADRID
Relojes pulsera, en platino, oro, plata y oro xil
(imitación oro.)
A CADA RELOJ ACOMPAÑA
CERTIFICADO DE GARANTÍA
REMESAS A PROVINCIAS

SASTRERIA DE ANGEL MARTINEZ
LA MODA
ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA Y SPORT
Príncipe, 18, entresuelo

COMENTARIO SENTIMENTAL

INTERMEDIO FRÍVOLO

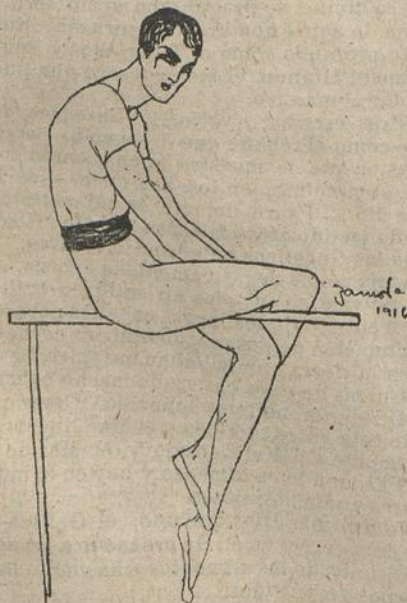
Descendíamos por el paseo del Prado bordeando la verja del jardín Botánico. Por encima de los barrotes de hierro veíase la verde pompa de las frondas, y con sus cuatro fontanas y sus calles sombrías pobladas de rotas estatuas; el lugar hubiese tenido un milagroso encanto de poesía a no ser porque los barracones de la verbenas, horridos, defraudadores y hostiles, rompían con su desgarradura plebeya el sortilegio. Como todas las ferias de Madrid es ésta, fea,



grosera y triste. Lo pintoresco, lo curioso, esos espectáculos vagamente inquietantes que en algunos festejos provincianos nos sorprenden y sobrecogen súbitamente parecen haber emigrado de aquí para siempre. Un vulgo errante, municipal y espeso, como lo llamó el poeta, estrujábase en los andenes laterales mientras por la vía central rodaban los simones adornados con sucios mamarrachos de papel. Mi amigo y yo hablábamos de lo pintoresco.

—¡Bah!—decía él—lo pintoresco, las ferias, donde se encuentran los fenómenos escalofrantes, los espectáculos bárbaros y las exhibiciones ingenuas, no existen más que en algunas novelas de Lorraine o tuyas. El circo que describes en «La Vejez de Heliogábalo» es una quimera de tu imaginación. Los circos ahora han perdido toda su gracia, que era arte e ingenuidad. Si vas a un circo verás que los artistas han sustituido la verdadera habilidad con el truco. Un circo no es ya un verdadero circo, es un music-hall peor instalado; los presdigitadores, los equilibristas, los mímicos, necesitan el fondo del escenario y los juegos de luz; no pueden ya resistir en su trabajo la crudeza de los focos del circo.

Habíamos llegado a Atocha; a la derecha, en los solares de lo que llamó Polo Norte vimos un circo, el Circo Reina Victoria. Por fuera era la



evocación perfecta de mi circo, del circo pintoresco y convencional que como un personaje humano sentí vivir en las páginas de «La Vejez de Heliogábalo». Lonas y altos mástiles; una sensación de alegría frívola, efímera, varaniega. Entonces tuvimos la tentación de entrar.

Y comenzó un sueño cándido e inquietante,

jovial y triste, perfumado de arte ingenuo y de verdad vigorosa, limpia de artificiosos trucos, que es como el alma de algunos viejos espectáculos amados. El local tenía esa alegría bonachona de los antiguos circos donde un público fervoroso iba a ver—no en un estúpido día de moda donde unas cuantas damas exhiben sombreros absurdos y trajes presuntuosos, no en un local descarado con falsa riqueza de elegancia trivial—artistas de verdad, artistas que siendo admirables en su arte, están, sin embargo, al alcance de los niños y del pueblo, por eso precisamente, porque son verdad y que al mismo tiempo, para los espíritus cultivados tienen el misterioso encanto de la eurytmia, del gesto, de la línea y del color.

Deslizábase el espectáculo entre aplausos que brotaban frescos y espontáneos. Números sorprendentes, números dignos del Empayer de Londres, del Ronacher de Viena y del Olympia de París, iban desfilando.

Primero fué la elegancia infantil, y, sin embargo, clásica de los juegos icarios de la troupe Andreu; sus saltos tan arriesgados y laberínticos y, sin embargo, tan fácilmente hechos con



una limpieza aérea y graciosa. Después los Sturla, con sus rojos trajes de cowboys y sus acrobáticos ejercicios a caballo, de sorprendente agilidad; tras ellos los monos y perros amaestrados por el profesor Leonard, un número de gracia simpática y familiar en que tras jocosos ejercicios de los monos surge deliciosa una Loi Fuller canina. A este número sucede algo que en la vulgaridad del circo pone una nota exquisita de exotismo, la bárbara elegancia de las estofas florecidas de seda y rieladas de oro; Nou-Tsiel, malabarista chino. ¿Habéis leído las páginas extrañas de La Jongleuse de Rachilde? ¿No habéis sentido la inquietud de los raros juguetes de marfil, de las extrañas figuras retorcidas en absurdos espasmos? Pues bien, Nou-Tsiel, tiene algo de esas imágenes de quimera, cuando vestido con fastuosos trajes de Oriente se retuerce en contorsiones inverosímiles; pero tiene también algo de la caballeresca elegancia de los arcaicos Samurais cuando danza con su gran sable de plata.

Y al fin, cuando después de pasar por varios números curiosos o divertidos llegamos al final en pleno número de los Rivel's, cuando con limpieza y concisión extraordinarias surgen como humanas flechas el espacio, surge Charlot.

El tipo de Charlot es un tipo ultramoderno, y, sin embargo, enormemente ingenuo. Es el tipo cómico del tiempo actual. Un tipo no se crea, surge inopinadamente igual en pintura, que en literatura, que en el teatro. Cuando Champlin creó a Charlot, creó, quizás sin saberlo, el tipo cómico del momento presente. Y este Charlot, aturdido e irónico, torpe y habilísimo, apático y voluntarioso, dócil e incorregible, surge y vive en el circo Reina Victoria. Es él. El artista que desempeña su papel, lo vive y lo crea. No es jocosos a la antigua manera; no hace gracias, subraya el gesto, la mueca, el ademán, he ahí todo. Pálido, con el pelo alborotado y su pequeño bigote, corre, cae, tropieza, resbala; pero terco, burlón para los demás y para sí mismo, lánzase a los más arriesgados ejercicios, realiza portentosamente, y luego vuelve a tropezar hasta en sí mismo!

¡Ah, circo cándido y encantador, viejo circo Hipódromo, efímero Colón, cómo revivís en este ingenuo circo de lonas y mástiles coronados de banderolas!

Antonio de Hoyos y Vinent

Nota referente a una iniciativa.—A unas humildes palabras de fervor a la memoria del gran poeta Rubén Darío, contestan *Mundo Gráfico*, *La Acción* y varios simpáticos periódicos de provincias con inmerecidos elogios a mí y (es interesante) con simpatía para la idea. No me extraña esto en ellos. A «Prensa Gráfica» y sus fundadores debemos gratitud los artistas, no por el bien que individualmente puede hacernos, sino porque ella fué la que abrió horizontes a los artistas verdad, arrinconando a los falsos ídolos, y su labor ha sido intensa y admirable. En cuanto a Federico García Sanchiz, es un gran artista, y como tal, cordial. Pero, además, recibo a diario cartas con ofertas valiosísimas; desde la Pardo Bazán, Azorín y otros maestros, hasta los más humildes, más de cincuenta se han adherido a la idea. Pero como algunos confunden su alcance en lo que a mí se refiere, hasta ofrecer enviarme directamente trabajos, he de hacer constar que yo sólo ofrecí una idea a las ilustres personalidades iniciadoras del homenaje, una idea y mi modestísimo trabajo; pero que yo no tengo ni tiempo, ni deseo de intervenir en su realización. Buena voluntad y cordialidad, eso sí, mucha.—A. de H. y V.

LOS POETAS

¡PASAR!

¡Quién pudiera ser más, mucho más que los minutos y que las palabras, para llegar y en vez de pasar permanecer una vida en tu alma!

A tu paso lo he oído decir: «¿Por qué en la tierra no queda clavada?» Y he dicho yo: «aunque ella quede en la tierra yo pasaré y pasarán nuestras almas.»

¡Pasar! Si luego pudieses volver, ¿qué importaría saber que te marchas? ¡Pero pasar es morir, y al morir hay que decir adiós a las almas!

Joaquín Montaner

JUSTA ELECCIÓN



D. Antonio Sacristán, ilustre financiero, que ha sido elegido por unanimidad presidente del Círculo Unión Mercantil.

(Foto Alfonso.)

LA "CAÑA"

Largo y curioso es el vocabulario báquico de Andalucía.

El gusto al buen vino que aquí se cría ha buscado hipócritas maneras de pedirlo. La caña, el prevolo, la mariposa, son diversos modos de beber los líquidos de las viñas jerezanas y sanluqueñas. Antes de comer, porque prepara el estómago; después, porque ayuda la digestión; cuando hay sed, porque refresca; cuando hace frío, porque calienta; si llueve, porque contrarresta la exterior humedad; si hace calor, porque ayuda a resistirlo; siempre hay aquí ocasión para llegar a la espita de madera, torcerla y recoger en el vaso el chorro de oro que exhala suave olor y gratisimo aroma.

Ha escrito Edmundo de Amicis un curioso estudio acerca del vino. Viene a ser este trabajo de observación una serie de viñetas en que aparece el hombre en distintas actitudes: ya alegre y discreto en el banquete donde los esplendores de la riqueza y la cultura se reúnen. Ya brutal y encanallado en la sucia tasca. Cuando el vino apareció en la vasija, después de haberle estrujado del cristalino racimo de uvas, comenzó una nueva era en la vida del hombre, no menos digna de ser apuntada en la historia de la humanidad que el descubrimiento de la pólvora. Amasó ésta en negra pastilla el odio. Fermentó en el cristal el vino por obra y gracia de la alegría. El cañón se inventó para dividir a los hombres. El tonel para congregarlos. Vulcano fundó sus fraguas bélicas para prestar a los héroes de Homero la lanza y la egida. Baco abrió sus bodegas para premiar en las alegrías del triunfo, el cansancio y las privaciones de los combatientes.

Un día Vulcano, envidioso de las alabanzas que la humanidad bebedora tributa a Baco, quiso hacer vino, pero no le daba el naípe por la industria y resultó su brebaje el vino peleón. Esto quiere decir que algunas veces las cañas se vuelven lanzas. Pero es porque interviene el alcohol de Bismarck, adulterando el vino noble, cortés, alegre e ingenioso que se evapora en canciones, en rasgueos de guitarra, en dichos graciosos, en donosas burletas; nunca en navajazos y bárbaras riñas.

La caña gaditana no es el vulgar recipiente que pide la sed del borracho; nunca se llena toda. Déjase la mitad del vidrio vacío. Es el cáliz de una flor de cristal en el que el rocío sólo ocupa el fondo. Bébesse a no interrumpir el uso gaditano, de un solo sorbo, sin apurar el líquido. Así, en tal vaso y por tal modo, tiene la liberación cierta elegancia, espiritualidad muy ajena a la grosera sed de Pantagruel, que recogía con la lengua las últimas gotas de Borgoña que le escanciaban.

La manzanilla es un vino verde, sin madurar. Es hijo de la uva, en su edad primera, con la inocencia y la gracia de la infancia.

J. Ortega Munilla

Cádiz, 6 Julio 1916.

SAN SEBASTIÁN
GRAN HOTEL EZCURRA

(COMPLETAMENTE REFORMADO)

Situado en el paseo de la Zurriola, con deliciosas vistas del Monte Ulla.

HOTEL DE PRIMER ORDEN

Cocina esmeradísima. Precios moderados.

Propietarias: HIJAS DE EZCURRA

El director general de Prisiones

En el descenso que sigue nuestra vida política, acaparada por hijos y yernos, parientes y domésticos, de nuestros primates, es raro, más que raro difícil, hallar entre estos hombres que son diputados y directores generales y subsecretarios, alguno que se esfuerce y trabaje con inteligencia, iniciativa y voluntad.

Tal, como excepción merecedora de subrayarse, Isidoro Rodríguez. Hijo de un ex ministro y sobrino de dos, los Sres. Sánchez Guerra y Barroso, la facilidad con que le allanan el camino sus ilustres apellidos, no contiene su esfuerzo y



D. Isidoro Rodríguez.

le retiene en el puesto que ocupa en ociosidad. Siete u ocho meses al frente de la Dirección de Prisiones, por donde tantos otros, favorecidos de la suerte pasaron, abandonándola, como la encontraron, hecha un erial, y la juventud acometida de Rodríguez ha iniciado ya el fruto de su talento y de su voluntad.

Son unas reformas que ya se realizaron; están otras acometándose; van a llevarse a cabo las demás... Todas tan importantes, que transformarán el régimen penitenciario de España.

Supresión de las Prisiones Centrales de Almadén y Tarragona con sus correspondientes plantillas, aplicando el dinero destinado a ellas a aumentar en 250 pesetas los sueldos de los vigilantes segundos; construcción de la Prisión de Mujeres de Madrid, proyectada desde hace veinte años; reforma y ampliación de las Prisiones Centrales del Puerto de Santa María y San Fernando, con inversión de 600.000 pesetas; terminación inmediata de la colonia penitenciaria del Dueso; modificación del Reformatorio de jóvenes de Alcalá de Henares; terminación del de Ocaña, modelo de establecimientos de su clase; instrucción obligatoria en todas las Prisiones, asemejándola en Alcalá y Ocaña a la que se recibe en las Escuelas de Artes y Oficios; introducción del trabajo en toda Prisión, hasta convertirlas en centros productores de manufacturas que suministrar principalmente al Ejército y los Centros oficiales del Estado...

Como justicia al uno y lección a los otros, deben airearse el nombre y la labor de Rodríguez.

El caso de Izcarriote

Su sombra, curvándose en el terreno desigual, se alargaba detrás de él; y en la quietud supérflua de la tarde sólo se oían los murmullos vagamente disonantes de la ciudad, y las ráfagas caliginosas que luego de agitar los vergeles y los gallardos sicomoros erguidos a las márgenes del Cedrón, venían a estremecer el desbordamiento gris de su barba y a turbar sus meditaciones. Aquellas tibias ráfagas henchidas de aromas le recordaban los alientos de Marta y de María la de Magdal.

Había salido de Jerusalén después de la colación de mediodía, por la puerta de Efraim, ansioso de expandir en la soledad la turbulencia de sus ideas. Y marchaba con lentos pasos, abatida la cabeza que sólo de tiempo en tiempo alzaba para mirar la mole del monte Oliveto y la verde extensión del valle donde, sobre el reposado ondular, las anémonas y los lirios abrianse en un florecimiento de purezas.

Su pensamiento, saltando los sucesos cercanos, iba hasta la bienhadada hora en que la luz entrando en su espíritu, ante todo tinieblas, había hecho abandonar el regalo familiar en su aldea de Kariote, para seguir al sublime maestro. Andaba, andaba, olvidando con sus meditaciones las fatigas de su cuerpo; y sus pensamientos eran una bendición para los ojos de su materia que habían visto los prodigios de leprosos sanados y de muertos alzados con vidas de sus tumbas, y era un epinicio para los ojos de su alma que habían logrado conocer en el nazareno enfermizo, de laberíntico platicar y de carácter tan pronto manso como iracundo, al hijo de Aquel que en el Cielo todo lo creó y todo desde allí lo rige. Andaba, andaba, y cuando sus pies descalzos se hundían en las pequeñas abras del camino, la túnica, estremeciéndose, acusaba su musculatura viril, y en la bolsa cantaban argentinamente los siclos, oblacones hechas a la divina compañía por caritativas mujeres.

Al fin sentóse a reposar, y mientras miraba lejos de él, hacia la puerta de los Rébanos, un fariseo que lanzaba con su honda guijarros contra un águila mientras ésta describía rápidas espirales imperfectas en torno de algún cadáver de alimaña, un anciano, cuya llegada no advirtiera, sentóse en un peñasco próximo y le saludó con la palabra paz.

—Sea la paz contigo, hermano.

Hablaron. El anciano discurrió con segura voz impregnada de sabiduría, de todas las ciencias, de todas las artes, afirmándole conocer otras lenguas que él, sólo sabedor de la aramea, ni sospechaba que existiesen. Y en tanto que de los labios desconocidos fluía la plática, el tesoro divino se preguntaba si no sería conversión de aquel hombre de figura majestuosa y talento profundo como el Tiberiades y caudaloso como el Hinnon, el mejor tesoro que pudiera ofrendar al maestro.

—¿Eres escriba?... ¿No?... Entonces descañaras—como el rebaño que desoyendo las voces del pastor que le muestra buena senda con su lanza, se precipita en los barrancos—las luces que te dió el Padre del que es mi maestro, siguiendo las idolátricas falsedades de los Nicolaitas, de los Gnósticos o de los Simoniacos.

El viejo movía negativamente la cabeza. —Y el santo no veía en sus ojos un sulfúreo brillo, ni en su frente, bajo los largos cabellos nazarenos, la insinuación de dos protuberancias córneas, ni veía en la tierra que hollaban sus pies las marcas bisulcas de unos cascos de macho cabrío.

—Mi religión no te es conocida. ¿Crees que el mundo está entre tu aldea y el Mar Muerto y entre el monte del Mal Consejo y el Mar de Mármara? El mundo es inmenso y hay en él muchos hombres y muchos dioses.

—No hay más Dios que uno: el Galileo es su hijo y debes creer en él. Ha ordenado a las aguas, ha multiplicado los alimentos y ha vuelto la vida a cuerpos ya pútridos.

—Tu Dios es de debilidad. Si es fuerte y todopoderoso, ¿por qué no aniquiló a los escribas y a los súdaceos que se burlaron de él cuando les dijo en el pórtico del templo que era el hijo de Dios? ¿Por qué no convierte a los judíos que le llaman impostor y se niegan a reconocerle por el Mesías?

—Porque nuestra religión no ama el rigor, sino la fraternidad. Pero oyéndole, muchos han

visto la luz y han besado sus pies y le han llamado por su nombre: Hijo del verdadero Dios.

—Sólo ha convertido a débiles y a mujeres. Y él, que reverencia a su padre, ha obligado a otros hijos a abandonar hermanos y deudos para seguirle. Pudo hacer el mundo perfecto y ha hecho que los animales para vivir hayan de devorarse los unos a los otros. Ama la adulación y se deja ungir los pies con perfumes, permitiendo a Juan y Jacobo murmurar de ti, porque propusiste la venta de ese sándalo para repartir a los menesterosos el producto... En vuestra peregrinación nada habéis hecho de divino. Esos milagros son *naturales*, y llegará el día en que sean comprensibles para todos los hombres. Los convertidos por vuestras predicaciones son pobres de espíritu, y por cada varón que arrancasteis a Tyro y a Sidón y a Samaria, olvidaron el culto de sus hogares muchas mujeres para quienes la divinidad de tu maestro sólo está en la barba rizada, en la elocuencia de sus frases, en los amplios ademanes imperativos y en el fuego de su mirada que habla de otros fuegos concupiscentes.

—¡Herejía! ¡Herejía!

Y mientras en la quietud vespéral temblaban los acentos demoledores, Judas meditaba como aquel viejo sabía también las calumnias de que era víctima por parte de Jacobo y de Juan. Insinuó el desconocido:

—Y si es ciertamente el Salvador, las Escrituras no podrán cumplirse: Santiago, Juan, Felipe, Mateo y Andrés han tenido tentaciones y se han negado a vender al Galileo. Hasta ahora, vuestra religión es sólo de vanidad y de triunfo. Falta la profetizada acción de mansedumbre; falta que el Rabi, que ya ha demostrado ser un hombre, muestre a sus enemigos y a su propio rebaño que es Dios.

—¡Es Dios! Es el hijo de Dios, y con el Santo Espíritu es uno solo. No hay más Dios que él, y siendo tres, es uno, y siendo uno domina todo el Universo.

Y encendida en el fuego de la fe su mirada húmeda, el buen Judas narró cómo con la sola virtud de su palabra había el hijo de María alzado de la tumba a Lázaro y al unigénito de Jairo. Y sin amedrentarse por la sonrisa fosforescente y gentilica del viejo, refirióle, una a una, las sorprendentes parábolas del convite de los judíos, de la perla, del Samaritano y la del trigo y la cizaña. Y aún, sin hacer caso del incrédulo musitar, le dijo cómo siendo un niño había triunfado con su sapiencia de la de los doctores.

Pero el viejo seguía murmurando:

—El mundo se quedará sin redimir, porque los discípulos de Galileo son egoístas. Oseas, Jonás, Amós, Ezequiel y Elías habrán mentido, y los hombres no serán redimidos por el que se llama redentor.

De la ciudad, pasando por Gethsemani, partía una caravana. En la penumbra vespéral, la larga fila de camellos, graves y deformes, aparecía velada por el polvo que azababa el múltiple pisar. Y las ráfagas abrasadoras del desierto, que se refrescaban al besar los vergeles, acercaban las voces de los beduinos y el *ruf ruf* de un pandero con que uno de los viandantes amenizaba la marcha.

Obseso por la tenaz afirmación del desconocido, aseguró Judas:

—El mundo será redimido. Los profetas no quedarán como impostores. Jesús de Nazareth, el hijo de Dios, morirá por todos los hombres que han sido y por los que han de ser.

Entonces el viejo, arrojándose súbitamente, besó los pies del apóstol. Lágrimas de júbilo ponían, como las noches serenas en los campos, gotas transparentes en la ola de su barba gris. (Judas no veía sus negras alas, ni sus patas de capripedo, ni sus córneos abultamientos.) Y su voz estaba tremolada por los sollozos cuando dijo:

—¡Oh, tú eres el único generoso y bueno, Judas! Dios te colocará a su diestra porque vas a ser instrumento para que la redención se realice... Has desoído la voz del orgullo que te aconsejaba anteponer el prestigio de tu nombre a la salvación de la humanidad... Tú venderás al maestro para que no muera cual simple criatura, sino como Dios. Y porque no sean imposturas los vaticinios y porque la voluntad de él que es padre de tu maestro, se cumpla, te expondrás a que la multitud ignore te moteje de infiel... Sí, yo me convierto a la religión única. La luz ha entrado en mi espíritu al igual de una

espada que hiere. Tu acción sublime me hace reconocer a Dios. Le venderás y será el precio de tu acción noble lo que compre la redención del mundo. ¿Qué sería de los hombres sin ti? Sólo tu espíritu abnegado los salva. Eres el discípulo único, el espíritu clarividente sabedor de que preservando de la muerte al cuerpo de Jesús expones a morir a su divinidad. Al venderle, cumples la voluntad del Padre, llevas a término los designios de la vida humana del Hijo y eres brazo del Espíritu Santo, que inspiró a los profetas. ¡Oh, Judas! Tú eres el redentor... Ve a ver a los príncipes de los judíos, pero dame antes a besar la diestra que ha de sellar el pacto. ¡Oh, di cípulo noble, que no sabes de egoísmo! ¡Oh amado de Dios!

Y entonces fué cuando el buen Judas tendió al anciano, que en la oscuridad sonreía, la mano calumniada y heroica que había de recibir los treinta denarios.

A. Hernández Catá

COSAS DE ANTAÑO

EL JUEGO

Añeja cosa es buscar el sesgo a la Fortuna, y no he de repetir ahora que es el vicio del juego carcoma de sus devotos. Es dictado de prudencia no dar a éstos ocasión para hacer un ¡hum! de desagrado.

Heme propuesto ser narrador de algunas noticias de tiempos remotos relativas al juego, y no pretendo aventurar mi mal cortada pluma en hacer reflexiones a los incautos que ignoran que el mencionado vicio les encadena sin dejarles voluntad para otra cosa. Cada loco con su tema.

En el siglo XIII, el rey Alfonso X el Sabio, encargó al célebre jurisconsulto, maestro Roldán, la redacción de un código denominado «Ordenamiento en razón de las tafferías», nombre que entonces se daba a las casas de juego. Posteriormente, otros monarcas dictaron, también, disposiciones represivas; y en 1640, Felipe IV las incluyó en la «Recompilación de las leyes destos reinos», hecha por su mandato.

En tiempo antiguo, las palabras tatur y fullero no se empleaban como sinónimas. Hoy ambos vocablos tienen la misma significación, y esto, según ha dicho un autorizado erudito (1), es una «desviación del uso castizo de la frase», toda vez que el Ordenamiento que el rey Alfonso X encargó a Roldán «no se escribió, en verdad, para reglamentar tramposos (2).»

Tatur es el jugador apasionado; así se deduce de escritos de Cervantes, de Quevedo y de otros ingenios; y fullero es el jugador tramposo, llamado también *florero* en la jerga de la gente pícara y rufanesca.

De los pícaros que en el siglo XVII se empleaban en aliviar las bolsas de los incautos, eran personas de importancia los dueños de las *tablas de juego* o *garitos*, llamados *gariteros*.

Encubrían aquellas gazapinas con el nombre de *Casas de conversación*, y se coligaban con otros pícaros, doctores en el arte de *dar muerte* a los *blancos* o *sencillos*. Aquellos caballeros de rapiña llamaban *dar muerte* quitar el dinero, y *blancos* o *sencillos* a los jugadores inexpertos que ignoraban que habían sido señalados como buena presa por los bribones de la cofradía fulleresca, merecedores de estar en *gurapas* (castigo de galeras).

Los *enganchadores* eran los que se ocupaban en la busca de *sencillos* que encerrar en el *garito*, donde los incautos quedaban en manos de los *ciertos*. Eran éstos sapientísimos maestros en la cristiana ocupación de pelar a los jugadores novatos por medio de infinidad de *flores* (trampas), para lo que se servían de *hechos* o *hechizos* (naipes preparados para hacer sus fullerías).

Muchas *flores* pudieran citarse, pero me limitaré a mencionar el *humillo*, el *raspadillo*, la *verruquilla* o *verrugeta*, la *sola*, el *colmillito*, el *guñón*, el *espejo de Claramonte* y la *ballestilla*.

El juego más en uso en aquellos tiempos era el *parar*, *carteta* o *andaboba*; todos estos nombres tenían según dice Cervantes en su novela «Rinconete y Cortadillo».

(1) J. Monreal: Cuadros viejos.
(2) Monreal: Obra citada.

Jugaban también con los naipes *al quince*, *treinta*, *quinolas*, *rentoy*, el *repdrato*, el *hambre*, la *polla*, los *cientos*, *siete* y *llevar*, la *pinta*, a *primera*, la *flor*, *capadillo*, *tenderete*, *triunfo*, *bazas* *reinado* *báciga*, *cuco*, los *vuelos* y *matacán*.

Quevedo en su «Vida del Buscón» llama a la baraja el *desuadernado*, y Cervantes en su entremés «La cárcel de Sevilla», el *libro real impreso con licencia de S. M.*, sin duda por estar entonces estancados los naipes. Cada baraja costaba medio real, y la renta que el estanco producía a las arcas reales era de 53,000 ducados.

En el mencionado entremés se llama a los naipes *los bueyes*, y también se daba en aquella época el nombre de *maselucas* a la baraja.

Era de ver la batahola que se movía con ocasión de *descornar la flor* (descubrir la trampa) algún pícaro vengativo, o por consecuencia de haber descubierto el jugador perdidioso las trazas de que se servían en aquella gozapina para dejarle sin blanca.

Entonces tomaba la defensa del *cierto* el *rufán*, valiente de oficio y pícaro desalmado, que cobraba alcabala de estas pendencias, según era costumbre establecida en los *garitos*.

El coraje formaba un huracán de votos y amenazas, y no pocas veces ponían término a la quereña *las del perrillo*, espadas famosas por su temple y denominadas así por la marca con que las señalaba su fabricante, que consistía en la figura de un perro.

En aquella reunión de gente del *hampa* había otros pícaros ocupados en cosas más menudas, a saber: los *punteros* (centinelas) y los *mirones*.

Los *punteros* se colocaban en el portal y avisaban a los cofrades del garito la llegada de la *gura* (ronda.)

Los *mirones*, según cuenta Quevedo en su «Vida del Buscón», adulaban al jugador afortunado, despabilaban las velas, y servían orinales, «todo por un triste real de barato.»

En la juerga de aquella gente, el derecho o tanto que cobraba el *garitero* se llamaba *paila* o *coima*; y *dar reversa* era ganar con fullerías a otro fullero.

Para fin y contera de esta deshulvanada narración vienen como anillo al dedo las siguientes palabras de D. Juan de Zabaleta, cronista de Felipe IV:

«¿Qué error hay tan grande como dejar un hombre al arbitrio de unos cartones su abundancia o su miseria?»

Jerónimo Gómez

A LOS ANUNCIANTES

Con este título suele decir A B C, y puede repetir LA SEMANA:

«Con la tirada de los periódicos ocurre lo contrario que con la edad de las señoras. Cuando una empresa dice que tira tantos o cuantos millares, piensa la gente: «Ya serán muchos menos.» Y he aquí por qué no queremos nosotros decir nada de nuestras tiradas, pues, o no seríamos creídos al decir la verdad, o tendríamos que faltar a ésta, cosa que tampoco queremos.

Pero como a los anunciantes les interesa saber a qué atenerse sobre la circulación de los periódicos en que se propongan anunciar, vamos a darles una sencilla receta para que por sí mismos puedan hacerse cargo de cuál es el periódico que, por más leído, ofrece mayor ventaja al anunciante.

Cuando en el tranvía suba, cuando por la calle pase, fíjese y observe qué periódico es el que se vé en más manos; tómese la molestia de preguntarle en los quioscos y puestos de venta, a los revendedores ambulantes, cuál es el que más se vende, cuál es el que más pide el público.

Y cuando unos cuantos días haya hecho esto, ningún anunciante necesitará preguntar a nadie dónde le conviene anunciar con preferencia.»

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRÍA, donde se imprime esta Revista, se hacen catálogos ilustrados, Revistas gráficas y toda clase de trabajos artísticos, así en la Imprenta como en la Litografía.

UNGRÍA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2

Teléfono 3.812

**PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN**

Trimestre, España 1,25 pts.
Año..... 5 ;
Año, Extranjero. 7,50 ;

**SOLICÍTENSE
TARIFAS DE ANUNCIOS**

LA SEMANA

REVISTA POPULAR, 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

NUEVOS OFICIALES



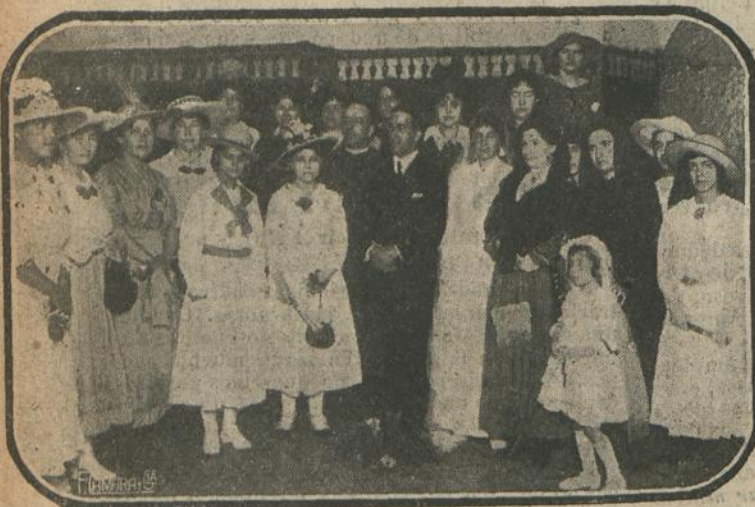
Sargentos que recientemente han sido ascendidos a oficiales, en Melilla, por méritos de guerra
(Foto Lázaro.)

MODAS DE VERANO



La señorita Torres y otra artista del teatro Víctor Eugenia, ataviadas con lindos trajes de verano.

BAUTIZO DE UNA SEÑORITA



BARCELONA.—La señorita Monserrat Tolvá Figueras, de veinticinco años, en la sacristía de la iglesia de San Jaime, cuando acabó el acto de ser bautizada.
(Foto Rosas.)

ARTISTA



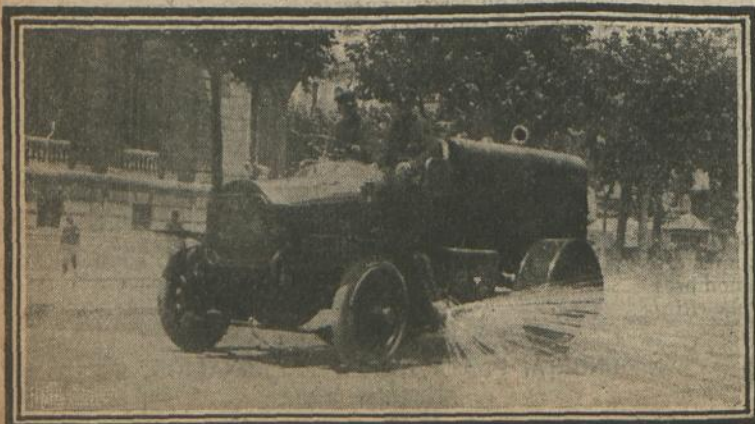
Aurora "La Tirana", bella y aplaudida artista de varietés, que en breve comenzará a actuar en los Jardines del Retiro.

UN MONUMENTO



El monumento a Ramón Llull, que en estos días ha sido inaugurado en Palma de Mallorca.
(Foto Pérez Rosas.)

LA LIMPIEZA EN BARCELONA



BARCELONA.—Uno de los automóviles del nuevo servicio de

UN PREMIO



Luis Bolumburo, que ganó el primer premio en las carreras pedrestres Eibar-Durango.

Este número de LA SEMANA
sido sometido a la censura milit